
El PLANETA
MALDITO
P. DANGER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


P. Danger
El Planeta Maldito
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN

DEPOSITO LEGAL V. –544. – 1960.

EDITORIAL VALENCIANA – VALENCIA

Num. Reg. 6.312 -1959

EL PLANETA MALDITO



ANTECEDENTES

El repentino aumento de población que sufrió la Tierra en el período comprendido entre los años 2.000 y 2.500 alarmó incluso a los más optimistas políticos del momento. El pánico cundió por todas partes al constatarse que la población del globo terráqueo había ascendido, de seis mil cuatrocientos cincuenta millones de habitantes en los principios del año dos mil, a veintiocho mil cincuenta y cuatro en las últimas décadas del año dos mil quinientos. La Tierra en pleno se ahumó. Las antiguas e históricas ciudades, París, Roma, Nueva York, Londres… desaparecieron, dejando en su lugar inmensos campos de trigo, cereales, patatas, hortalizas, pastos para el ganado… La gente tuvo que acostumbrarse a vivir a la luz de los focos de luz solar de las ciudades subterráneas, llegando incluso a olvidarse del color de la luz del Sol. Constantemente se abrían nuevos túneles para albergar otras ciudades, verdaderos hormigueros humanos donde los pisos, en vez de ascender a los cielos, se hundían cada vez más en las entrañas de la Tierra…

Cualquier habitante de otros mundos hubiera hallado tan solo una inmensa extensión de campos cuidados todos por servidores

mecánicos. De tarde en tarde, encontrarían alguna torre de control, un edificio alto y estrecho desde donde se controlaban los agricultores mecánicos. Aparte esto, ni una sola ciudad, ningún signo de vida se extendía por el mundo. La vida, la verdadera vida humana tal como la entendemos nosotros, los terrestres, solo florecía bajo tierra.

La humanidad llegó en este punto de su historia a una crisis feroz, mucho más terrible que la más espantosa de las guerras. En la tierra ya no existían países. Desaparecidas las guerras, el único problema existente era el de producir lo suficiente para alimentar a una población que, a pesar de todo, seguía creciendo de modo alarmante. En la Tierra solo existía un gobierno, que en aquellos momentos naufragaba ante un problema tan acuciante como aquél. Un gobierno que no sabía cómo resolver la papeleta que tenía sobre sus cabezas, y que estaba a punto de dar al traste con los esfuerzos de toda una humanidad.

El 26 de agosto del año 2.503, fecha memorable en los anales de la historia, se reunió con el gobierno en pleno lo más selecto de la economía mundial, en una conferencia sin precedentes. Durante siete días consecutivos, con sus respectivas noches, se discutieron los pros y los contra de las posibles soluciones que cabían ante aquella situación. Los debates alcanzaron caracteres de verdadera polémica, e incluso de retos de palabras. Pero al fin, a pesar de las múltiples discrepancias, se llegó a la solución única factible: el desalojo de parte de la humanidad de la Tierra, expidiéndola hacia el espacio.

Se había recorrido ya por aquellas fechas todo el sistema Solar, descubriéndose que ninguno de los planetas era ni habitado ni habitable, excepto para las colonias experimentales. Se habían hecho asimismo varias expediciones intergalácticas demostrándose así que, fuera de nuestro sistema, había muchos mundos capaces de recibir y alimentar a una humanidad no muy numerosa. Y aquélla era una solución.

Ahora bien. Para realizar un viaje hasta las estrellas se necesitaban una nave muy potente y una gran cantidad de combustible. El uranio, único material fisionable que servía como tal, era relativamente abundante, pero comparado con las necesidades de la Tierra, escaso. Si se daba libertad a los hombres para huir a las estrellas, el poco uranio que llegaba a la Tierra sería absorbido por éstos, y el radiactivo mineral se necesitaba para muchos otros e importantes fines. En consecuencia, debían limitarse las expediciones, regulándose el envío de colonizadores a otros mundos. Y para esto solamente existía un medio: que el gobierno tomara las riendas de este proyecto.

Cinco días después de terminada la conferencia, se creaba un nuevo y vasto organismo, a tal fin, bajo el nombre de «Departamento

Expedicionario de Exploración y Colonización de Planetas Exteriores», nombre que muy pronto fue reducido por el de «Departamento de Colonización. »

Cuando la humanidad supo de la gran noticia, así como de otros importantes acuerdos tomados en la conferencia del 26 de agosto, todos ellos relacionados con la superpoblación, dio un gigantesco suspiro de alivio. El problema más acuciante del hombre había sido resuelto. Desde entonces, se trabajó más y se vivió con más alegría. El futuro estaba momentáneamente asegurado.

Y el hombre dirigió su mirada a las estrellas.

CAPITULO PRIMERO

COLONIZACION

Gregori Travers. capitán de flotilla, recientemente ascendido a Capitán Jefe Colonizador, anduvo satisfecho los brillantes pasillos

subterráneos del departa-mento de colonización. Mientras oía sus metálicas botas, resonar contra el brillante piso, sintió como en su pecho sonaban cánticos de gloria. ¡Jefe Colonizador! Ahora, tras mucho esfuerzo y muchos sacrificios, su máximo anhelo iba a verse cumplido. ¡Iría a las estrellas!

En los cincuenta años que venía funcionando el departamento, se había hecho una inmensa tarea de depuración. Contra la opinión de muchos que imaginaban que la mitad de la población de la Tierra sería expedida a las estrellas, el Departamento de Colonización había obrado de modo muy distinto. Simplemente, se había ido limitando a enviar el excedente de población.

De acuerdo con las nuevas normas de cultivos hipodrónicos y demás adelantos, se había fijado, como término límite de capacidad de la Tierra la cantidad de cuarenta mil millones de personas, contra los ridículos cálculos ele apenas dos siglos antes (1). E1 Departamento de Colonización se había limitado a esperar a que la población alcanzara esta cifra, para remitir el sobrante a los mundos que tiempo antes había seleccionado como habitables óptimamente. Una vez hecho esto, esperaron a que la mengua en la población fuera disminuyendo, y ésta alcanzara de nuevo la cifra tope, para volver a hacer otra remesa a las estrellas. Y así sucesivamente.

El Departamento de Colonización tenía sobre sus hombros tres misiones que cumplir, englobadas en una sola, ha primera de ellas, quizá la más importante, consistía en explorar los futuros mundos colonizables. Los hombres encargados de ésta misión—los heroicos exploradores del espacio, como se les llamaba—llegaban a un planeta al parecer habitable. Descendían, tomaban muestras de todo, estudiaban flora y fauna, lo analizaban todo, y dictaminaban su grado de habitabilidad. Si éste era suficiente, lo incluían en su carta estelar de mundo colo- nizables, y proseguían su trabajo.

(1) La Universidad de Berlín ha calculado, considerando los distintos climas y terrenos, amén de la producción actual, que el límite máximo de población de la Tierra es de 7.089 millones de habitantes

La segunda misión, si no la más importante, era la más delicada. Profesores especializados se encargaban de seleccionar a los futuros colonos y a los futuros oficiales que los mandarían, entre los voluntarios que se habían presentado (hay que hacer resaltar que, si bien todos los colonos eran voluntarios, se presentaban millones deseosos de huir de aquel mundo subterráneo en que vivían). Una vez seleccionados los más aptos, se les sometía a un intensísimo curso de preparación y adaptación a las nuevas condiciones que tendrían que soportar, curso que no terminaba hasta que cada colono demostraba

estar lo suficientemente capacitado para los trabajos que más tarde tendría que realizar.

Y entonces, cuando estos cursos terminaban, empezaba la tercera y definitiva misión: la colonización (o el «éxodo», como se la llamaba). Una flotilla de más de mil enormes naves llevaba en su interior la ingente cantidad de colonos que pasarían a formar un nuevo mundo. Y cuando estas naves habían llegado a su destino, depositando su carga, una nueva y fértil Tierra nacía en el universo.

Hasta entonces, ocho planetas habían sido totalmente colonizados, y muchos otros habían sido ya elegidos para su ulterior ocupación. La humanidad, libre ya de los prejuicios y trabas que les impusiera el primitivo pánico al aumento de población, seguía reproduciéndose con gran rapidez, aumentando a pasos agigantados. Por eso, casi cada ocho o diez años un nuevo «éxodo» se veía obligado a partir hacia un nuevo mundo.

Gregory Travers había sido elegido como jefe supremo de una de esas expediciones. y esto le llenaba de orgullo. No había en la Tierra más alto honor que el poder llevar en los hombros las chatarreras de Capitán Jefe Colonizador, y Travers había podido pavonearse a gusto durante todo aquel tiempo, luciéndolas en los lugares más destacados de la sociedad, a los que había tenido acceso gracias a su privilegiada situación.

A sus treinta y un años, Travers era un hombretón alto, robusto, ancho de hombros y de espaldas, con el pelo de un rojo subido y una cara cuadrada, de boxeador, donde la nota más sobresaliente eran sus ojos, de un color azul intenso, «de firmamento», como él mismo decía. No era guapo, pero tampoco despreciablemente feo. Tenía este «no se qué» que hace que las chicas vuelvan la espalda al verte, sin saber si les gustas o no. Su rostro, su apostura y, sobre todo, sus galones, hacían suspirar a más de una mujer. Pero al parecer, a Gregory Travers le impresionaban muy poco las mujeres, pues a pesar de todo esto aún permanecía soltero, con gran desesperación del otro sexo y grandes burlas de sus amigos.

Después de regresar de una misión en Plutón, se había presentado para el cargo de Oficial de Colonización, habiendo sido aprobado nada menos que con la calificación de Jefe, la más alta a la que se podía aspirar, Había pasado tres meses de permiso en la Tierra, y después había sido confinado junto con el resto de la oficialidad que debería más tarde acompañarle a los pabellones de prácticas y aclimatación, donde había permanecido cinco meses dedicado al ejercicio y habilitación a las nuevas condiciones atmosféricas y gravitatorias que encontraría en el nuevo planeta. Y ahora, tras tanto tiempo de espera, Sam Huston, el_ comandante en jefe de aquel departamento le llamaba

para darle al fin cuenta de su destino.

Llegó frente al despacho, marcado tan solo con dos iniciales: S. H. Después de detenerse por unos momentos, en los que se tiró de los puños de las mangas y se alisó las solapas del uniforme, levantó la mano y repicó suavemente en el cristal esmerilado de la puerta.

—Adelante.

Empujó. Sam Huston, sentado tras su mesa de despacho, levantó sus gafas por encima de sus cejas y le observó.

—¡Ah, es usted, Travers! Pase y siéntese.

Hizo lo que le indicaban, mientras observaba a la cabeza rectora de toda aquella vasta organización. Huston era un hombrecillo bajo, panzudo, que más parecía un hombre de negocios que un militar situado en uno de los puestos de más responsabilidad de la Tierra. De cara achatada, labios gruesos y lentes de miope con gruesa montura de carey, llegaba incluso a inspirar, al primer golpe de vista, un poco de lástima y conmiseración por su insignificancia. Pero esta impresión desaparecía rápidamente, transformándose en admiración cuando se le había tratado algo. Huston poseía el poco frecuente don de adivinar el temperamento de cada uno de los hombres que tenía bajo su mando, y obraba de acuerdo a esto. Precisamente por eso mismo quizá, nunca hubo el menor roce entre él y sus hombres, siendo considerado por éstos como el mejor jefe que podrían encontrar. Huston lo sabía, pero no por eso se enorgullecía de ello. Muchos decían que ignoraba el significado de la palabra vanidad.

Cuando Travers se hubo sentado, Huston prosiguió con su tarea unos minutos, entremetiendo entretanto algunos prolongados «Hummms». Cuando se dio por satisfecho, guardó los papeles que examinaba en un cajón, y volvió su rostro hacia Travers. Se quitó los lentes, los limpió con un papel especial, y se los volvió a poner, encarándose con él.

—Bien, capitán Travers. Le he llamado porque tenía sumo interés en hablar con usted de un asunto que creo le... interesará.

Rebuscó en un cajón, sacando una carpeta de tapas azules, de la que extrajo un informe.

—Aquí tengo su ficha militar, y he de confesar que es satisfactoria en grado sumo. Pasó todas las pruebas de admisión para Jefe Colonizador, y ahora ha superado los adiestramientos de aclimatación con más puntuación que la normal. Para serle franco, le diré que usted ha demostrado tener unas capacidades muy poco comunes en el resto de jefes colonizadores. Y esto, naturalmente, no podía ser pasado por alto por nosotros.

Travers se movió en su asiento, preguntándose a donde quería ir a parar Huston. ¿Qué llevaría entre manos para empezar diciendo todo aquello?

—Como usted sabe—prosiguió Huston—, la misión de Jefe Colonizador es muy importante, pero podríamos decir un poco... de rutina. Los adiestramientos son casi siempre los mismos, y el proceso posterior de colonización, también es similar. Por eso, al observar su puntuación, hemos pensado en darle una misión,., algo especial.

Se levantó, dirigiéndose hacia un panel de pared, y oprimió un botón. Instantáneamente, la pared se transparentó, dejando ver una carta celeste, en la que algunos planetas estaban numerados,

—Acérquese, por favor.

Travers lo hizo, examinando con curiosidad la carta estelar.

—Este sector del espacio corresponde, como usted debe haber imaginado, a la constelación del Centauro. Concretamente, la zona que hemos explorado hasta ahora. Los planetas numerados son los planetas que han sido considerados aptos para colonizar, y los cruzados por una raya encarnada con un nombre son los ya colonizados. Como habrá podido observar, y espero que no le sorprenda demasiado, cada estrella tiene tan solo un planeta colonizable[1]. Los demás, han sido desechados. Bien, ahí tiene los futuros mundos de expansión. Obsérvelos. Han sido colonizados ya doce planetas: Tierra I. Tierra II, Tierra III... así hasta llegar a Tierra XII. Y ahora, como puede observar, tendría que colonizarse Tierra XIII, o sea, el trece planeta. ¿Comprende donde quiero ir a parar?

Travers todavía permaneció unos momentos mirando la carta estelar. Después, volviéndose hacia Huston, murmuró:

—Pero el trece planeta...

—Sí, claro, hay algo anormal, según dice la gente. Se ha pensado en no colonizarlo, pero... Por favor, sentémonos, y le contaré lo ocurrido allí.

(1) Es muy difícil que en un mismo sistema planetario existan dos planetas con idénticas condiciones de habitabilidad, por la simple razón de que, por estar a diferente distancia de su sol, nunca tendrán el mismo índice calórico, a más de que nunca serán de la misma composición y tamaño.

—Ya conozco la historia, comandante.

—No, amigo mío. Usted conoce la versión popular, la desfigurada y aumentada versión que han hecho los periódicos, pero la verdadera historia no la conoce. Por eso quiero contársela.

Se sentó, tomando unos papeles, y los hojeó distraídamente.

—Como usted sabe—principió—, el equipo de exploraciones llegó a

este mundo, dispuesto a realizar la rutina de costumbre. La nave se colocó en órbita, y se envió una subnave a hacer las primeras investigaciones. Pasaron casi dos días sin que la subnave regresara, y el capitán explorador empezó a alarmarse. El mismo fue, personalmente, a investigar lo sucedido, encontrando la nave, que se había estrellado contra el suelo. Sin embargo, por más que se buscaron a los tripulantes, éstos no aparecieron por parte alguna.

«Montaron el campamento en el mismo lugar donde se había estrellado la nave anterior, y empezaron a hacer investigaciones. Pero en el transcurso de las mismas, sucedió algo raro. Uno de los exploradores desapareció misteriosamente, y se encontraron cerca del campamento unas huellas de pisadas palmípedas que principiaban y terminaban bruscamente en mitad del terreno. Alarmado, el capitán realizó una investigación a fondo, sin lograr descubrir nada. Después de pasar casi una semana en aquel planeta, intentando hallar alguna explicación lógica al asunto, sin lograrlo, se vio obligado a proseguir el viaje, rindiendo informe a la Tierra de lo sucedido.

»Naturalmente, al llegar la noticia aquí fue acogida ávidamente por la hambrienta prensa, que se encargó de divulgarla por los cuatro vientos, con grandes titulares, deformándola y aumentándola hasta lo inconcebible. La opinión popular, como es normal y lógico, lanzó el grito al cielo al enterarse de que este planeta había sido considerado como colonizable, y se formó un grupo adverso a la misma, que casi se puede decir nos obligó a quitarlo de la lista de planetas colonizables.»

—¿Entonces?—dijo Travers.

—Verá. Creo que usted, Travers, es un hombre sensato. Sus «tests» y sus análisis psicológicos le valoran como un hombre de despejada inteligencia, que no hace caso a supercherías y bobadas. En este planeta hubo mala suerte. Una nave se estrelló, y varios hombres desaparecieron. Conforme. Pero ahora dígame: En otros planetas también han habido contratiempos. La brigada de exploración sabe que su misión es arriesgada. Algunos hombres han muerto explorando algunos otros mundos. ¿Por qué el trece planeta ha de ser distinto a los demás? ¿Quizás porque se le dio el número trece antes de explorarlo? Esto es cosa que solo creen los supersticiosos.

Travers afirmó con la cabeza.

—Y ahora llegamos al punto álgido del asunto—prosiguió Huston —. Si nosotros hiciéramos una colonización en regla de este planeta, la opinión pública se lanzaría contra nosotros como hienas hambrientas. Por eso, se ha acordado proceder de un modo cauto, casi podríamos decir solapado. Nadie se enterará si una nave, con cinco mil hombres a bordo, parte secretamente hacia este planeta, e instala

en él una colonia.

Luego, cuando se demuestre que el mito de este planeta es verdaderamente un mito, podremos reírnos ante todo el mundo de sus supersticiones.

—¿Y bien?

—Ahora llegamos al punto álgido del asunto. Creemos que usted es la persona adecuada para mandar esta avanzadilla de colonos. ¿Acepta el cargo?

Travers no se sorprendió. En realidad, se esperaba aquello desde que Huston le mostró la carta estelar, y en ella los planetas colonizables, en los que estaba incluido el treceavo.

—Naturalmente—aclaro Huston—, es usted muy libre de rechazar esta misión si no se ve con fuerzas de sobrellevarla. Recuerde que siempre, en todos casos, la elección es voluntaria.

—¿Y los colonos?—preguntó súbitamente Travers.

—Comprendo lo que quiere decir. No se preocupe. Han sido seleccionados los mejores, y siempre tendrán libre opción de aceptar o no el destino. Los que no quieran ir, serán sustituidos por otros. Por suerte—sonrió—, los voluntarios a colonos son muchos, incluso demasiados.

Travers afirmó con la cabeza. Bien, de todos modos, destruir una leyenda como la del trece planeta sería cosa interesante. Además, tanto daba ir a un lugar como a otro, y si en vez de llevar consigo varios millones de almas, llevaba solamente cinco mil, sería siempre una ventaja.

—Conforme. Acepto.

Una amplia sonrisa distendió los labios del comandante en jefe.

—No me equivoqué al juzgarle, Travers. Estaba seguro que aceptaría.

Apretó el botón de un audífono, y ordenó que fuera traída una copia del informe analítico de Tierra XIII, así como las fotografías y demás documentación existente. Poco después, una secretaria traía lo pedido, dirigiendo a Travers, de rondón, una mirada incendiaria. Huston lo tomó y después de comprobarlo, se lo tendió.

—Ahí tiene todo cuanto se sabe del trece planeta. Le agradeceré lo estudie esta noche, pues mañana le será presentada toda su suboficialidad y colonos. La salida de la nave ha sido fijada para dentro de cinco días, y durante este tiempo tendrán que organizar los planes de asentamiento y adaptación. Ahora, si tiene alguna duda sobre el particular, le agradeceré me lo indique.

Travers repasó todo lo que tenía en la memoria. Había sido adiestrado. Conocía ya todo lo que tenía que conocer. Sabía cuál era el planeta que iría a colonizar. Lo único que le podía presentar alguna dificultad serían los detalles topográficos, sistema de colonización, etc. Y esto, hasta que no hubiera examinado los papelea que ahora tenía en la mano, no podría contestar. Por eso, como no tenía nada que preguntar, y haciéndose cargo del trabajo que tendría Huston, se levantó, despidiéndose del viejo comandante, y se fue a su cámara.

* * *

Aquella noche, por más que hizo, Travers no logro dormir. Se pasó la mayor parte del tiempo leyendo y releyendo los informes sobre el trece planeta, reuniendo los datos sueltos que había oído o leído con anterioridad, amén de lo que sabía por los periódicos. Y por cierto, la versión que éstos daban no era muy exacta a la que le había contado Huston.

En realidad, leyendo el informe, no se adivinaba que en aquel planeta se ocultara un poder maligno como se había hecho creer. Tierra XIII era un planeta muy semejante a nuestro mundo, aunque tenía la particularidad de estar siempre cubierto de nubes. Los demás detalles sobre flora y fauna eran específicos, y tremendamente técnicos. Solamente había una especie animal visible, y tan solo unas pocas plantas. Agua, existía poca en el suelo, estando la mayor parte confinada en las nubes que tapaban el planeta.

Pero no era esto lo que hacía cavilar a Travers. Siempre, el capitán jefe colonizador era el encargado de comunicar a los colonos el planeta al que deberían ir, informándoles de todo lo necesario. Naturalmente, esto no presentaba ninguna dificultad, pues a los colonos tanto se les daba ir a un planeta que a otro, pues no los conocían.

Pero ahora era diferente. No iban a colonizar «un mundo», así, con artículo indeterminado, sino «el mundo», bien fijo y limitado. Y un mundo muy especial, además. El trece planeta. Un planeta que tenía mucha historia a pesar del poco tiempo que hacía que había sido explorado. Y una historia que a muchos no les gustaría.

Llamaron a la puerta. Calzándose las botas de suela metálica, fue a abrir, encontrándose con un teniente, que tenía a su cargo efectuar las presentaciones.

—Cuando esté listo, capitán...

—En seguida.

Se ajustó la guerrera rápidamente, y poco después caminaba por los

anchos y brillantes pasillos en dirección a la gran sala de conferencias del departamento.

La presentación del capitán a la oficialidad y colonos, y viceversa, no era más que un simple formulismo, más de tradición militar que de otra cosa. En el período de entrenamiento y habilitación habían tenido sobrado tiempo de conocerse todos, y el hecho de saber los nombres completos de todos en lugar de sus simples nombres de pila no compensaba del aburrimiento que significaría.

Cuando llegaron a la gran sala de reuniones, donde estaban congregadas más de mil familias, en un total de casi cinco mil almas, todos se pusieron en pie. El teniente, ceremonioso, hizo la presentación de Travers y todos inclinaron la cabeza en señal de aprobación. Después, fue presentado por separado a los miembros de la oficialidad. Así, Travers volvió a conocer a Red Timbler, su ayudante directo y segundo en el mando, un muchachote fuerte, en la flor de la edad, todo nervio y entusiasmo. A Charles Lombard, primer piloto durante el vuelo y segundo ayudante en el planeta, un gran cerebro y unas no menos grandes manos. A Phil Mathews, segundo piloto; a René Tircher, un campesino francés dedicado a jefe de máquinas; a Walter Kordliauser, técnico en astronáutica y mecánica; a Giacomo y Ferdinand Pacelli, dos hermanos encargados de la distribución y vigilancia de los colonos, además de jefes de! ejército (o policía) particular de la colonia, a Rufus Bradley, médico de la expedición y gran experto en biología, y a—¡no podía faltar!—Sun-Tché, jefe de cocineros chino. Venían después los diversos oficiales encargados del mando del reducido ejército, unos diez, los encargados de las máquinas, tanto de la astronave que los conduciría como las de labor en el planeta… Cada componente de la expedición tenía dos cargos; uno para el viaje, y otro para la colonización. Y así, se ahorraba el tener una numerosísima oficialidad.

Cuando el teniente terminó las presentaciones entre los de aquélla, Travers llegó a temer que le fuera presentado a los colonos uno por uno. Por suerte, el teniente dio media vuelta, y se dirigió a él.

—Ahora, mi misión ha terminado, capitán. Las presentaciones están hechas. Usted toma el mando de esta gente… y les detalla y explica el lugar donde van. Después se les facilitarán datos sobre el planeta, pero las primeras palabras sobre su destino las oirán de su boca. Así les dará más confianza.

Dio media vuelta, y se alejó. Travers lo despidió con una sonrisa en el rostro, pero maldiciéndolo internamente. ¡Bonita papeleta! Precisamente había de ser él quien les dijera a los colonos que debían ir al trece planeta. Sin embargo, debía hacerlo. Como siempre, existía una organización, un «protocolo», que se cuidaba de hacer las cosas

del modo más estúpido posible. ¿No hubiera sido más fácil y más cómodo decirles otro el destino que les aguardaba?

«De todos modos—se dijo—, maldiciendo no lograrás nada. ¡Vamos allá, muchacho!».

Subió al estrado. Todos esperaban a que les dijera algo, y algo tendría que decirles. Pero ¿qué? ¡Diablos, aquello era más difícil que resolver un crucigrama chino! ¿Sería mejor dorarles la píldora, o decirles claramente donde iban, sin ninguna clase de tapujos?

Apoyando las manos sobre la mesa, miró a los colonos, que le contemplaban con enormes ojos. Carraspeó, y principió a hablar.

—Queridos colonos. Estimadas familias, que habéis deseado huir de este mundo de topos en que se ha convertido la Tierra, buscando nuevos horizontes...

Un principió muy cursi, era cierto, pero Travers no tenía nada mejor a mano. Con voz pausada, procurando elegir cuidadosamente las palabras que iba a pronunciar, siguió hablando durante un buen rato, intentando que la noticia de cuál era su destino no los cogiera demasiado de sorpresa. Cuando dijo que era Tierra XIII, esto es, el trece planeta, un murmullo se levantó de los asistentes. Travers habló de las intenciones del gobierno mundial, del alto fin que se proponían, de su regreso triunfante a la Tierra tirando por el suelo las supersticiones que corrían... Pero, ¿qué era aquello contra la gran propaganda anti- colonizadora que hicieron los periódicos?

—Estamos en el siglo XXVI—terminó su alegato—. Los maleficios, las brujerías, las supersticiones, son cosa de los siglos XVI y siguientes. Somos seres civilizados. No hay que confundir la mala suerte con supersticiones y maldiciones. No existen. Lo cacareado tantas veces por los periódicos no es más que exageraciones, motivadas por la falta de noticias. No existe la aparente maldición que pesa sobre el trece planeta, y estoy seguro que muchos de vosotros estaréis de acuerdo con ello. Pero quizás alguno crea que lo que se cuenta es verdad, por ello tenga miedo a ir. Pensad que, apenas salgamos, de la Tierra, ya nadie podrá volverse atrás. Por lo tanto, no han de haber entre nosotros discusiones ni diversidad de opiniones. Hemos de estar unidos. Así pues, si alguno de vosotros no quiere venir, que lo comunique. No se obligará a nadie -—se calló unos momentos, esperando a que alguien hablara. Al ver que nadie lo hacía, prosiguió —: Pero estoy seguro de que a ninguno de vosotros os arredrará el posible peligro que dicen encierra este planeta. Por eso, convicciono que ninguno de vosotros se echará atrás. Tengo confianza en vosotros.

En la sala, diez mil ojos de jóvenes, viejos, niños, mujeres y hombres, le contemplaban atentamente. Prosiguió hablando, esta vez

de las características de aquel planeta. Cuando terminó, por haber agotado en su totalidad todo tema del que hablar, dirigió su vista hacia la suboficialidad, situada toda ella a un lado de la sala. Con enérgica voz, terminó:

—La salida de la nave está fijada para dentro de cinco días. Hasta entonces, todos gozaremos de libertad, y podremos tomarnos un buen descanso, durante el cual me tendrás a mí, y al resto de mis oficiales, a vuestra entera disposición para lo que deseáis. He dicho.

Y así, con esta archigastadísima palabra, dio punto final a su discurso. Sonaron algunos aplausos en la sala, que pronto se acallaron. Y entonces, la multitud de colonos, silenciosa hasta aquel momento, se lanzó a una desenfrenada palabrería entre sí.

Travers los dejó así, saliendo de la sala junto con algunos oficiales. Estaba satisfecho. En realidad, nunca hubiera esperado que los colonos se tomaran la noticia con tanta tranquilidad.

«De todos modos—pensó—. ¿por qué no habría de ser así? Todo lo que se dijo sobre el planeta no son más que supersticiones ¡El planeta maldito es un mito!»

Sin embargo, la experiencia no tardaría en demostrarle que los periódicos estaban en lo cierto. O al menos, así lo demostrarían los hechos que empezarían, a ocurrir tan pronto pusieran el planeta en Tierra XIH…

CAPITULO II

URANIO ROBADO

Cinco días después, exactamente a las cinco y veinticinco de la mañana, los

colonos recibieron orden de partir.

La nave en que realizarían el viaje, un gran aparato de tipo hiperespacial, se encontraba anclada en órbita lunar. Por lo tanto, primero deberían trasladarse hasta ella en un cohete interespacial «corto», o sea, de tipo para realizar cortos viajes.

Travers fue llamado por Huston poco antes de la partida. El viejo se encontraba sentado en su despacho, igual que la vez anterior. Estuvieron media hora hablando como grandes amigosˆ mientras el comandante, con el tacto y la habilidad que le eran habituales, fue indagando sobre la reacción de los colonos al saber su destino.

En realidad, los colonos se habían tomado la noticia con más tranquilidad de lo que cabía esperar. Solamente siete familias rechazaron ir al trece planeta, siendo sustituidas rápidamente por otras, que no pusieron ningún inconveniente. Durante aquellos cinco días, Travers fue tratando a los elementos más destacados de los colonos, punteando sus opiniones, y llegando a la conclusión que antes habían llegado él y sus ayudantes: Los colonos no temían la maldición del trece planeta. Sinceramente, creían que todo era un mito... mientras no se demostrara lo contrario.

Huston lamentó que sus ocupaciones no le permitieran ir a despedirlos a la base lunar. Sin embargo, en el salón de conferencias, los arengó de un modo que todos estuvieron de acuerdo en calificar de «magnífico». Después, estrechó las manos de la oficialidad, dirigió un cariñoso saludo a la muchedumbre de colonos, y se fue.

Guiados por el mismo teniente que antes había hecho las presentaciones, fueron conducidos a la Luna. Durante el trayecto, todo el mundo bromeó, contando chistes y hablando de sus «aventuras» amorosas. Sin embargo, ninguno de ellos podía decir que no se encontraba nervioso. La verdadera aventura estaba en trazas de empezar, y todos sentían esa extraña opresión en la garganta común cuando se va a realizar un acto de trascendencia en nuestra vida.

Una vez en la Luna, fueron recibidos por el capitán destacado, el cual creyó tenía la obligación de lanzarles un discurso de despedida. Entre bostezos generales, lo hizo, y cuando se sintió satisfecho cortó bruscamente su oratoria, despidiéndolos con un seco:

—Iros en paz, hijos míos.

Ninguno de los oficiales pudo ocultar su risa, y cuando pudieron reírse sin temor a cometer una descortesía, las carcajadas invadieron el ambiente.

La nave en la que harían el viaje a Tierra XIII, era una inmensa esfera metálica, con la parte inferior algo achatada. Sus únicos accidentes en su lisa superficie eran una plataforma metálica que la bordeaba en toda su estructura, las dos grandes antenas de radio-radar, sitas en la parte superior, y las compuertas de acceso, lanzamiento de subnaves, escape y emergencia. Vista en el espacio, parecía una inmensa bola, de más de dos kilómetros de diámetro. Su interior estaba dividido en tres partes. La inferior, destinada a los motores atómicos y cámaras accesorias. La de en medio, dedicada a almacén de víveres y maquinaria, y la superior, a viviendas. En la parte sita sobre la superior, formando como una pequeña giba en la estructura del aparato, se encontraba la cabina de mandos, sancta sanctorum de la nave, donde solo tenían acceso el capitán, los oficiales, y en raras ocasiones, algún destacado colono.

Las ceremonias de entrega oficial de la nave, que desde aquel momento pasaba a pertenecer a la comunidad de colonos, instalación de las familias en la misma, últimos preparativos, revisión del almacén de instrumentos y provisiones, etcétera, etcétera, transcurrieron en la más completa monotonía. A las doce de la noche, se terminaba todo ello, y al fin la enorme nave estaba dispuesta a partir. Después de recibir el último adiós de Huston, del capitán destacado en la Luna, y de algunos otros altos oficiales del Departamento de Colonización, recibieron la orden de partida. Eran exactamente las doce horas, catorce minutos y diez segundos, en el cómputo horario del meridiano de Greenwich.

Travers encendió las pantallas de televisión anterior y posterior de la cabina de mandos, y dirigió una última mirada a la Tierra, que se presentaba como un disco azulado a sus espaldas. Murmuró, con un ligero temblor en la voz:

—Es la última vez que la vemos tan cerca...

Timbler y Lombard, únicos que se encontraban en la cabina en aquellos momentos, volvieron la vista a la pantalla posterior. Faltaban tan solo veinte segundos para la hora 0, o sea, el momento en que deberían dar el primer impulso inicial. La línea orbital de camino ya había sido trazada, y solo faltaba poner en marcha los motores.

Una voz metálica, desde la Luna, fue contando el tiempo, Lombard colocó las manos sobre los controles, y esperó.

—Cuatro... tres... dos... uno... ¡Cero!

Los pulsó. Lentamente, fue oyéndose una ligera trepidación, que fue aumentando paulatinamente en intensidad, hasta llegar un momento en que se oyó una apagada explosión, y la trepidación dejó de oírse.

Los motores, insonorizados, ya estaban en completa marcha. Lentamente, como un pesado gigante del espacio, la nave fue apartándose de la órbita que sostuviera, adoptando una línea helicoidal que la llevó al espacio abierto.

Pronto, las figuras de la Tierra y demás planetas del sistema solar fueron empequeñeciéndose, hasta desaparecer tragados por la negrura del firmamento.

La verdadera aventura empezaba...

* * *

Travers recorrió el pasillo que, desde la sala de mandos, conducía a los apartamentos de la oficialidad. Iba relativamente contento, y entre sus labios sonaba una tonada de moda.

De pronto, se interrumpió, frunciendo el ceño. Acababa de divisar, en el fondo del pasillo, una figura con una camisa blanca y unos pantalones téjanos.

Travers se asombró. Solamente los oficiales tenían acceso a aquella parte de la nave, y nunca un oficial podía llevar camisa blanca y pantalones téjanos. Por lo tanto...

—¡Eh, alto!

Pero la figura hizo totalmente lo contrario de lo indicado. Al verlo, dio media vuelta y se dirigió corriendo hacia la salida del pasillo.

—¡Eh, oiga! ¡Deténgase!

Pero eso era precisamente lo contrario de lo que quería hacer la figura. Mascullando entre dientes, Travers se lanzó en su seguimiento. Por suerte, la persona que le precedía, fuera quien fuese, corría a poca velocidad, y pronto pudo alcanzarla. La agarró de la manga, obligándola a detenerse.

—¡He dicho que se...!

Y se detuvo así, con la palabra en la boca. Porque la persona que tenía frente a él se había vuelto...

—¡Madre mía!

Travers se quedó extasiado. Frente a él, sonriéndole con una sonrisa a la vez ingenua y picaresca, se encontraba una mujer. ¡Pero qué mujer! Alta, esbelta, con una cara que parecía pertenecer a una

diosa...

—¡No sabía que los ángeles vistieran camisa y pantalones téjanos!

—Blusa—rectificó la muchacha con voz suave, agradeciendo íntimamente el elogio.

Travers la observó con más atención. Pelirroja, aquella muchacha estaba dotada de un rostro que parecía un verdadero cielo. Travers se preguntó cómo haría si tuviera que describir aquel rostro. La muchacha tenía unas facciones tan personales, tan «suyas», que no había manera de describirlas. Sí, se podía decir que tenía ojos verdes, de un verde intenso, nariz respingona, labios gruesos y rojos, barbilla desafiante... pero con esto no quedaba descrito el encanto que emanaba de aquella carita que, cada vez más, gustaba tanto a Travers.

—¿Me podría soltar el brazo, capitán? Me aprieta demasiado.

Murmurando un torpe «perdone», Travers la soltó. Recordó que la muchacha, aun siendo un verdadero ángel, había contravenido los reglamentos, y que él estaba obligado a amonestarla. Más, ¿cómo amonestar a aquella criatura?

—Veamos, señorita... —se miró alternativamente la punta de las botas, las manos, las botas de nuevo, y finalmente al suelo, antes de continuar—. ¿Qué hacía aquí?

—Buscaba a mi perro, capitán.

Travers se quedó con la boca abierta en O. Si se lo hubiera dicho cualquier otra persona, hubiera afirmado que le tomaba el pelo, pero de aquella muchacha no podía decirlo.

—¿Su perro? ¡Pero si todos, los animales domésticos están confinados en un departamento del almacén, y no pueden ser sacados de allí hasta el fin del viaje! ¿Cómo es que usted lo tiene en libertad, y, según dice, se le ha escapado?

—Pues... usé un poco de persuasión, capitán. ¿No le parece que es algo práctico?

Y puso cara de ingenuidad. Travers sintió que en su interior repicaban campani-tas. ¡Cielos. Naturalmente que con aquella cara se podía usar la persuasión. ¡Toda la persuasión que se quisiera!

—¿Quién fue el «persuadido»?—preguntó, queriendo adoptar una severidad que no convencía a nadie.

—No puedo decírselo, capitán. No sería leal por mi parte.

¡Al diablo la lealtad! Acaba de cometer un acto contra el reglamento. ¿O es que no lo sabe?

—¿Por qué? ¿Por sacar a pasear a un perro que estaba triste y

mustio en una jaula?

—Por eso y por penetrar en lugares donde está prohibido el acceso de los colonos. Son dos delitos, señorita, no uno.

—Bueno. ¿No puede olvidarlos, aunque sea solo hasta el fin del viaje?

Travers se maldijo a sí mismo. ¡Diablos de criatura! ¡Cualquiera le negaba algo!

¡Capitán Travers, preséntese con la máxima urgencia a la sala de mandos!

La repentina llamada del autoparlante sirvió a Travers para cortar aquella conversación que ya no sabía cómo continuar. Pidió a la muchacha su tarjeta de identificación y se la metió en el bolsillo, ordenando:

—Vuelva a su apartamento. Más tarde le devolveré la tarjeta y le comunicaré la sanción que le será impuesta.

—¿Y Galo?

—¿Galo? ¿Quién es Galo?

—El perro.

—¡Ah, sí! Cuando se le encuentre, será devuelto…

—¡Me lo devolverá?

—¡No! Será devuelto a su jaula del almacén.

—¡Oh, capitán! No puede ser tan malo…

Travers la dejó con la palabra en la boca, con el fin de no transigir. A pesar de que él tenía razón, empezaba a sentirse ruin e injusto con la muchacha.

«He aquí lo que puede una cara bonita», se dijo.

Cuando se hubo alejado lo bastante para que la muchacha no pudiera contes-tarle, se volvió y le gritó:

¡Y regrese a su apartamento, si no quiere que la pille un soldado de vigilancia y la meta en el calabozo!

Y penetró en la cámara de mandos.

Allí se encontraban Timbler y Lombard, inclinados sobre la pantalla de radar. Cuando se les acercó, ambos levantaron la cabeza y le mostraron el aparato.

Un naufragio espacial. Han lanzado un S. O. S., y se encuentran a diez mil kilómetros de nosotros.

En otras circunstancias, Travers se hubiera indignado porque le

llamaran para presenciar un naufragio espacial, pero esta vez no. Incluso se interesó por el asunto. Se inclinó sobre la pantalla, y observó los dos puntos que flotaban en el espacio, en la parte media de la pantalla. Preguntó:

—¿A qué fue debido el naufragio? ¿Estalló la nave?

—:Pues no. Han sido muy confusos en sus explicaciones. Solo han dejado entrever que su nave había sido atacada de forma un tanto rara.

Travers se enderezó, volviéndose hacia Timbler, que era quien había contestado.

—¿Estás seguro?

—Bueno, eso al menos es lo que han dicho.

Travers se rascó pensativo la cabeza. Si la nave había sido atacada, esto quería decir que habían sido piratas espaciales quienes lo habían hecho. ¡Pero ahora ya no existían los piratas espaciales! ¡Debía ser un error!

—¿Envío una nave a su socorro?

—Sí, envía.

Timbler se dirigió al interfono, dando algunas órdenes. Travers, mientras, se había sentado frente al radar, abstraído.

¿Atacada aquella nave? Aquello parecía imposible. La época en que, a principios de la era interplanetaria, el espacio se había visto poblado de naves piratas, ya había pasado. Ahora solo existía en la imaginación de los novelistas, como recuerdo de una época pasada. ¿Habrían los náufragos perdido la razón debido a su larga permanencia en el espacio? Sí, podía ser…

En la pantalla de radar apareció una nueva mancha, mayor que las anteriores, que con paso lento se dirigió en busca de las otras dos. Pronto las tres manchas se fundieron en una sola, que regresó lentamente por donde había venido la primera, no tardando en desaparecer por un lado de la pantalla.

Travers se volvió hacia Timbler.

—-Ordena que los náufragos sean traídos aquí.

Transcurrieron casi dos horas antes que dos hombres aparecieran en la cabina, acompañados de un oficial, que se disculpó:

—Hubo que reconocerlos para evitar que contaminaran radiaciones o alguna otra enfermedad,

—Si, claro.

Observó a los dos hombres. Uno de ellos, que lucía las insignias de

primer piloto y capitán, era alto, huesudo, casi un montón de huesos recubiertos de piel. El otro, más bajo y más robusto, lucía las insignias de segundo piloto.

Travers se puso en pie,, y les ofreció asiento. El capitán de la nave siniestrada se presentó a sí mismo y al otro.

—Capitán Otis Dragood, y piloto Daniel Bradford, de la compañía astronáutica concesionaria del transporte de uranio.

Travers asintió con la cabeza, frotándose lentamente la mandíbula.

—¿Es cierto que su nave fue atacada de forma un tanto… extraña?

—Sí, capitán.

—¿Por quiénes?

El aludido se encogió de hombros.

—No lo sé, y ahí está lo extraño. Aparecieron de repente dentro de nuestra nave, sin que supiéramos por donde habían entrado, y nos amenazaron con sus armas. En pocos momentos se llevaron todo el cargamento de uranio, incluidas cajas de seguridad, y luego hicieron estallar el aparato.

—¿Pero no les vio la cara ?

—No. Llevaban el cuerpo cubierto por una especie de capuchas negras. Vistos a groso modo parecían de baja estatura, «pero yo estoy seguro de que no eran humanos».

—¿Qué?—-la exclamación surgió simultáneamente de labios de los tres ocupan-tes de la cámara.

—Sí. Había algo en su forma de comportarse, en sus movimientos, que demos-traba un origen extraterrestre.

Travers empezó a afianzarse en su teoría de que aquel hombre estaba trastornado por la larga permanencia en el espacio. En todo el sistema solar no había sido hallada vida inteligente, y más allá de él, en los planetas explorados, tampoco. Entonces…

—Sé lo que están pensando, capitán. Cierto que hasta ahora no se ha descubierto vida organizada en ningún planeta, pero ¿quiere esto decir que no existe? La lógica demuestra lo contrario.

—Bien, bien—murmuró Travers—conforme. ¿Pero para qué necesitarán robar el uranio de una nave de transporte?

—Esta es una pregunta que ya se han hecho muchas personas antes que usted. Porque no es la primera vez que desaparece uranio, capitán. A veces son naves enteras las que desaparecen, encontrándose tan solo sus tripulantes perdidos en el espacio, a veces cargamentos almacenados en Plutón, dispuestos a ser enviados a la Tierra, han

desaparecido muchas toneladas de uranio, y todas de la misma misteriosa manera. Unos hombres bajitos, como los han calificado todos, aparecen de repente, se llevan el uranio, y dejan a todo el mundo con un palmo de narices.

—Ya...—Travers se frotó la mandíbula, pensativo.

El problema empezaba a interesarle, ¡Uranio robado, y en grandes cantidades! Aquello tenía todas las trazas de constituir un enigma apasionante. ¡Y a él le encantaban los enigmas!

«Para el carro, amigo—se dijo—. Este no es asunto tuyo. Bastante trabajo tendrás con llevar a todos estos colonos a buen fin, para que te metas en otros asuntos. Lo mejor es dar parte a la Tierra y ¡allá se las compongan ellos!

Se volvió hacia el capitán Dragood.

—¿Cómo pudieron escapar de la explosión de la nave?

—Por un sistema muy sencillo—respondió el capitán—. Los atacantes nos obligaron a vestir nuestros trajes espaciales, y nos echaron de ella. Siempre hacen lo mismo. Parece como si no quisieran cometer ningún asesinato. ¡Pero de todos modos cometen un grave delito! El uranio ya relativamente escaso, y estos robos han mermado considerablemente las reservas destinadas a las necesidades de la Tierra.

Travers asintió, poniéndose a pasear por la cabina. Ahora se presentaba otro problema peliagudo.

—Lo siento—dijo, dirigiéndose a Dragood—, pero no podré retomarles a la Tierra. Vamos a colonizar un mundo, y no podemos regresar. Lo lamento mucho, pero tendrán que unirse a nosotros.

El capitán Dragood levantó vivamente la cabeza. Después de tan solo unos segundos de meditación, contestó:

—Mejor. ¿Quién hubiera dado trabajo a un par de astronavegantes fracasados? La idea de colonizar un mundo no está mal. ¿Verdad, Daniel?

Pero el otro solo contestó con un apagado ronquido. Fatigado por la larga permanencia en el espacio, se había quedado dormido.

Dragood se desentendió de él.

—Estoy conforme, capitán...

—-Gregory Travers. Pero hay algo más que debo decirles. El planeta que vamos a colonizar es Tierra XIII; o sea, el trece planeta.

—¿El planeta maldito?—preguntó Dragood.

Travers afirmó con la cabeza, esperando la reacción del otro. Pero

ésta no pudo ser más imprevista.

—¡Estupendo!

Solamente sería más tarde, que Travers sabría la explicación de éste entusiasmo. Dragood pertenecía en cuerpo y alma a una nueva asociación de doctrina filosófica llamada «logista», la cual lo intentaba explicar todo por medio de la lógica, sin basarse para nada en leyes físicas y naturales. Y para cualquier logista, era una suerte poder investigar algo que se apartara de la lógica. Y un planeta en cuyo seno se incubaba la superstición y las maldiciones, no era cosa que se encontrara todos los días.

Pero entonces aún no lo sabía. Cuando el capitán y el piloto de la nave siniestrada salieron de la cabina, dispuestos a tomarse un merecido descanso. Timbler se volvió hacia Travers.

—Es raro esto, ¿verdad. Greg?

—Sí, muy raro—contestó éste, sin saber si su ayudante se refería a lo del uranio y al entusiasmo de Dragood al saber lo del trece planeta —. Sin embargo, no es nuestra obligación resolverlo. Allá se las compongan en la Tierra. Nosotros ya tendremos bastante trabajo con la colonización. Yo ahora me voy a descansar un rato. Si sucede algo, avísame.

—De acuerdo.

Salió de la cabina de mandos y se dirigió a su departamento con paso tardo. A medio camino, se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—¡Ah, escucha!-—comunicó a Timbler—. Si se encuentra algún perro suelto por la nave, rétenlo sin hacer ninguna investigación. Ya me cuidaré yo mismo de ella.

Y dejando a su ayudante perplejo, volvió a salir, dirigiéndose a su apartamento.

Una vez allí, sonriendo, sacó la tarjeta de identificación de la muchacha y se extasió contemplando la fotografía.

CAPITULO III

SORPRESAS

A la mañana siguiente, Travers fue a devolver a «Galo» a Silvia Castro,

pues tal era el nombre de la muchacha que encontrara el día anterior. Y. muy en contra del reglamento, no solo no le infligió ningún castigo, sino que le permitió continuar poseyendo al perro en libertad, contraviniendo así todas las órdenes y leyes establecidas en lo tocante a animales domésticos.

La razón de esta conducta, sin embargo, era muy sencilla. Gregory Travers, a sus treinta y un años, se había enamorado como un colegial. Y así quedó demostrado en los días que siguieron, durante los cuales abandonó parte de sus obligaciones para atender a lo que él consideraba su principal obligación: Silvia Castro.

Pronto, los más hondos recovecos de la nave dejaron de ser un secreto para la muchacha, que se extasió contemplando las mil maravillas que el enorme aparato encerraba en su interior.

Silvia Castro era una muchacha admirable. Lo que se dice un verdadero carácter. Impetuosa, dinámica, era un verdadero nervio. A ella no le importaban todos los preceptos y todas las leyes de la Tierra juntos. Para ella solo existía una ley: su propia voluntad. Y hacía lo queˆ ella se dictara, les pareciera bien o no a los demás.

Cuando, en el pasillo que conducía a la sala de mandos, se encontró con Travers, se dijo que debía granjearse la simpatía del capitán, con el fin de evitarse un probable castigo. Y no solo lo había conseguido, sino que ella también había empezado a interesarse por Travers. Y cuando ella se interesaba por algo...

También Dragood demostró ser un tipo notable. Hablador infatigable, había demostrado más de una vez poseer un cerebro poco común. En vista de ello, había ocupado muchas veces el lugar de Travers ante los mandos, mientras éste, según frase de Timbler «se ocupaba de investigar sobre los ánimos de los colonos». Y Dragood había demostrado que se bastaba y se sobraba para hacer cualquier clase de trabajo. Sin embargo, como todas las personas, tenía un gran defecto: charlaba demasiado. Timbler ya había tomado la costumbre de escucharle solamente cuando le interesaba, y cuando no, cortarle

con alguna palabra para alejar la conversación. Y el método le daba resultado.

En aquellos momentos, veintidós días terrestres después de haber despegado la nave de la luna, cuando, una vez atravesado el hiperespacio, se encontraban ya arribando a las cercanías del trece planeta, se encontraban Dragood y Timbler en la cabina de mandos, supervisando la ruta. En la pantalla de televisión delantera se veía ya como un disco grande y brillante la figura de Tierra XIII. Y Dragood, curioso, lo examinaba a conciencia, enumerando sus características, según su acostumbrada lógica.

—...y puedo decir con toda exactitud que el agua existe muy poco en la superficie, por la simple razón de que hay demasiadas nubes cubriendo el planeta. Además...

Y se puso a enumerar cualidades. Timbler, sentado en los mandos, junto a Lombard, sintió que le empezaba a dar dolor de cabeza, y lo mismo debía sucederle al piloto. Y lo peor era que no *se* le ocurría ningún argumento para hacer callar al capitán.

De pronto, se le ocurrió una idea. Se dirigió al interfono y apretó una clavija, poniéndose en comunicación con el apartamento de los Castro. Había llamado ya tantas veces allí, que se sabía la conexión de memoria. Como siempre, la propia Silvia se puso al aparato.

—¿Se encuentra aquí el capitán?—preguntó Timbler, más por rutina que por tener dudas de que allí estuviera.

—No. señor Timbler—le respondió la muchacha—, No ha venido hoy.

—¿No ha venido?—se extrañó Timbler—. ¿Seguro ?

—No tendría porque mentirle. Si le digo que no ha venido, es señal de que no ha venido.

—Bueno, bueno... perdone.

Cortó la comunicación, perplejo. Acostumbrado a encontrarlo la mayoría de las veces allí, se sorprendía de que no estuviera. Llamó a su apartamento, pero tampoco lo encontró. Más perplejo todavía, fue probando en diversas líneas, hasta que logró localizarle en la sección de animales domésticos. Le rogó que viniera a la cabina de mandos, y cortó.

Dragood intentó de nuevo seguir su conversación, pero Timbler le adivinó la idea y se puso a hablar con Lombard. Por eso, el capitán de la nave siniestrada se encogió de hombros, y se alejó.

Poco después entraba Travers en la cabina. Al verle, Timbler se puso en pie.

—¡Caramba, Greg! Me ha extrañado no encontrarte en el lugar de costumbre.

Travers le miró de arriba abajo.

—¿Es ironía?

—No, en absoluto. Solo un poco de extrañeza por lo inusitado del caso.

—Ya. Me encontraba con Bradiey, examinando las instalaciones de los animales domésticos. Ayer se murió una gallina sin causa justificada, y podría tratarse de una epidemia. Por suerte, no hay nada de eso.

—Claro que no. Alguien que tenía ganas de comer hoy gallina.

La mirada que le dirigió Travers le hizo comprender que el capitán no estaba para bromas. Encogiéndose de hombros, se dirigió hacia la pantalla, y la señaló:

—Ahí tenemos Tierra XIII, Greg. ¿Te gusta?

Travers se encogió de hombros. Ya lo había visto en fotografía, y la visión directa no le descubría nada nuevo.

—Cuando bajemos ya te lo diré.

Timbler también se encogió de hombros, volviendo a su sitio. Travers se dirigió hacia la pantalla, y observó con mayor atención la imagen.

—¿Cuánto falta para llegar a ponernos en órbita ?

—Dos horas—respondió Lombard.

—Bien. Cuando estemos en ella, bajaremos unos cuantos en una subnave para hacer una exploración inicial. Tú, Timbler, escoge algunos voluntarios.

—Yo.

—De acuerdo, pero tú no eres «algunos voluntarios». Necesito lo menos diez, entre ellos un par o tres de soldados. ¿Comprendidos?

—De acuerdo.

Travers dio media vuelta, y se dirigió a la salida de la cabina. Timbler preguntó, socarrón:

—¿A despedirse de la enamorada?

Travers se detuvo en la puerta y, sin volver la cabeza, respondió:

—No. A dar algunas órdenes—y adoptando un tono frío, terminó—: Unas órdenes que usted no necesita saber, «señor Timbler».

—De acuerdo, «mi capitán».

Y contempló sonriente cómo Travers se iba. Después, se volvió hacia Lombard.

—Necesitamos un buen piloto para descender al planeta, amigo. ¿No conoces a nadie que se ofrezca voluntario?

* * *

La subnave descendía velozmente por la densa atmósfera del trece planeta. En su interior, debidamente acomodados y pertrechados, se encontraban Travers, Timbler, Lombard, Dragood, Bradley, el médico de la expedición, y uno de los hermanos Pacelii, además de cinco soldados. El propio Travers era quien conducía la subnave, con gran irritación del piloto, que no hacía más que rezongar, sin que nadie le hiciera el menor caso. Todos los rostros estaban vueltos hacia las mirillas, observando el panorama que se ofrecía a su vista.

Primero fue una densa capa de nubes, blancas y espesas, las que atravesaron. Y de pronto, sin ninguna transición, el cielo se despejó, y pudieron observar la tierra que se ofrecía bajo sus pies.

Era una tierra verde, exuberante. De tanto en tanto, algunos bosques daban una nota roja en el paisaje, o algunos riachuelos, de color cristalino, que surcaban la tierra, completamente llena de una especie de hierba verde.

Antes de aterrizar, Travers hizo dar a la nave una vuelta completa al planeta, a gran velocidad. Así, podrían observar el terreno y elegir el mejor lugar para instalar la colonia.

Después de unos diez minutos, en los que solamente pudieron ver a sus pies una gran sábana verde, moteada de manchas rojas, el panorama cambió, dejando ver una ancha superficie azul.

—¡Al fin mares!—exclamó Timbler.

—¿Seguro ?

Y Timbler lanzó un gruñido. Lo que había tomado por un mar no era ni más ni menos que un ancho lago, de gran extensión, pero lago al fin. Cuando pasó bajo sus pies, y hubo desaparecido tras ellos, la tierra volvió a adueñarse del paisaje.

En la vuelta completa que dieron al planeta, encontraron siete grandes lagos, pero ningún mar. Al contrario que en la Tierra, en aquel planeta predominaba el suelo firme.

—¡Puf!—exclamó Timbler, pesimista—. Nos encontramos con un segundo Marte. ¡Habrá que economizar agua!

-—No tanto—-respondió Travers—. Según el informe que nos dieron, hay en este planeta la misma proporción de agua que en la

Tierra. Solo que aquí en vez de encontrarse abajo, se encuentra... arriba.

Y señaló las nubes que, en un manto uniforme, cubrían todo el cielo. Dragood soltó una risita.

—Ya se lo dije yo antes, señor Timbler. Sin necesidad de leer el informe.

El aludido resolló un poco académico gruñido, mientras contemplaba las nubes. Eran unas nubes extrañas, diferentes a las que todos conocían. Blancas, de una albura inmaculada, eran diáfanas, dejando pasar a su través una claridad que en nada envidiaba a la del sol, con la ventaja de que, mirada directamente, no hería la vista.

—Quisiera ser técnico para saber a qué se debe este fenómeno— dijo el capitán Dracood,

—¿No usa siempre la lógica?—respondió, zumbón Timbler—. Úsela ahora, querido amigo.

El capitán dirigió al otro una mirada asesina, pero nada dijo. Como Queriendo aparentar tranquilidad, continuó mirando por la ventanilla.

E! trece planeta era un astro dotado de pocas montañas altas, rezaba el informe de los exploradores. Tan solo algunos núcleos aislados de picachos, de origen volcánico, diseminados en toda su superficie. Ahora llegaban a un lugar donde se reunían, por una parte, una serie de cinco conos, y por la otra, un caudaloso río, dejando en medio una gran franja de terreno verde y exuberante, con dos mancho-nes rojos interrumpiendo su uniformidad. Travers redujo considerablemente la marcha, disponiéndose a tomar tierra.

Entonces sucedió algo imprevisto.

Durante el viaje de circunvalación al planeta, habían volado a una velocidad superior a la del sonido. Pero ahora, al prepararse para aterrizar, esta velocidad había descendido mucho. Habían ya rebasado los conos volcánicos, y la subnave planeaba casi en dirección al río. El sonido del motor, inaudible hasta entonces, se hizo patente en la cabina. Y aquí radicó lo imprevisto.

Porque el sonido del motor, en vez de ser uniforme rateaba, como si tuviera dificultades en funcionar.

El piloto acudió rápidamente a los mandos, y empezó a comprobar diales. Travers, atento al continuado descenso de la subnave, le dejó hacer. El suelo se acercaba cada vez más aprisa, incluso más aprisa que lo normal. Ya no cabía duda alguna. Algo marchaba mal en el motor.

Después de un breve repaso, Lombard se puso en pie. No fue

necesario que hablara. Un solo gesto negativo sirvió para que Travers comprendiera que la avería no tenía arreglo momentáneo. Además, la nave volaba ya tan cerca del suelo, que hubiera sido imposible volver a remontar el vuelo.

—Voy a intentar un aterrizaje forzoso—murmuró Travers.

Todos se sujetaron al asiento respectivo, con las anchas bandas de las correas de seguridad. Travers, atento a los mandos, también lo hizo. La tierra pasaba bajo ellos como una exhalación, y el río se acercaba peligrosamente. No podía descen-der más rápidamente, so pena de estrellarse, y si continuaba así, rebasarían la corriente de agua.

Travers empujó suavemente la palanca de mandos, haciendo dar a la subnave una amplia curva. Casi alcanzando el río, la nave dio un cuarto de vuelta, corriendo en dirección paralela al agua.

Pocos minutos después, el aparato tocaba al suelo. No fue un choque agradable, ñero tampoco revistió graves consecuencias. Después de un par de largos botes, la subnave dio otro cuarto de vuelta, alejándose del río. Se arrastró así unos cuantos metros, levantó repentinamente la cola, y se detuvo.

Algo magullados, pero no maltrechos, los ocupantes salieron al exterior. Se habían alejado unos quinientos metros del río, en dirección a las montañas volcánicas. Travers miró hacia atrás. La nave, en su arrastrar, había dejado tras sí una huella de plantas tronchadas, por la que se veía la rugosa faz de la tierra de aquel planeta.

—Parece que la mala suerte de Tierra XIII empieza a surtir efecto—murmuró Timbler, a su lado, sonriendo tranquilamente.

Travers maldijo el sentido del humor de su ayudante. Bastante se había hablado ya en la Tierra, y bastante se hablaría allí. El haber principiado mal el contacto con el planeta no quería decir que la maldición que sobre éste se decía pesaba, empezara a surtir efecto. Muchas naves habían fallado repentinamente, y ésta no iba a ser una excepción.

Dragood se acercó, sacudiéndose los entumecidos miembros.

—Parece que estuviéramos en la Tierra, ¿no?

¡Ni que fuera un campo de cultivo hipodrónico!

Travers asintió. Si no fuera por los lejanos montes, de un color completamente negro, azabachesco. y el también lejano bosque rojo parecería que contemplaban un espectáculo terrestre. Nadie hubiera dicho que aquel sedante panorama perteneciera al trece planeta, al planeta maldito…

¡Diablos! A él mismo estaba entrándole la superstición. No debía hacer caso de ello...

—Empezaremos bien la colonización—dijo Lombard, acudiendo a reunirse con ellos—. ¡Ni que lleváramos la mala suerte encima!

—Exacto—corroboró uno de los soldados, acercándose también.

Lentamente, todos fueron reuniéndose en un solo grupo, mirándose los unos a los otros, sin hablar. Travers comprendió lo que pasaba por todas y cada una de las mentes de los que estaban allí. Verdaderamente, era un mal comienzo.

—Es bonito el lugar—dijo, intentando desviar la conversación que veía venir—. Creo es un buen sitio para montar la colonia...

Timbler, comprendiendo su intención, se adhirió a la propuesta. Dragood también. Los demás se encogieron de hombros. La mayoría de los soldados estaban recelosos. Lombard, que se rascaba pensativamente la cabeza, se volvió de súbito hacia Travers.

—Oye, Greg. ¿No te parece raro el repentino fallo del motor de la subnave?

Travers le maldijo «in mente». Sin embargo, adoptando una expresión que no concordaba con sus pensamientos, contesto:

—No. ¿Por qué?

—Pues... es muy raro que la subnave fallara justamente cuando íbamos a aterrizar. Y más, teniendo en cuenta que la repasé completamente antes de partir, y no tenía ningún fallo.

—Bueno, una avería la tiene cualquier aparato.

—Pero no una avería de ésta índole. Si el motor hubiera estado en malas condiciones, hubiera fallado cuando viajábamos a la velocidad del sonido, no cuando la disminuíamos. Lo que ha sucedido parece...

—¡No lo digas!

Lombard se sorprendió. Durante unos minutos permaneció mirando perplejo a Travers, como si no comprendiera el alcance de sus palabras.

Después, murmuró:

—Está bien, Greg. Como quieras.

Los rostros de los demás le contemplaban no muy alegres. Travers se vio en la obligación de aclarar:

—Nos estamos llevando por unas ideas preconcebidas, que no podemos apartar de nuestras mentes. Se ha rumoreado que este planeta está maldecido, y ha bastado esto y un poco de mala suerte para que nos lo creamos a pies juntillas.

—¿No cree que es ya mucha mala suerte? —-terció uno de los soldados.

Travers enrojeció, y hubiera explotado, si no hubiera intervenido su segundo.

—Creo que mejor que discutir será pedir ayuda a la nave, para que vengan a recogernos.

—¿Sí?—respondió Lombard, mordaz—. Ya me dirás cómo nos comunicamos con ellos, con la radio inutilizada. ¿A gritos?

Timbier se mordió los labios. Ciertamente, en vez de arreglar las cosas, todavía las había enredado más.

—Bueno—contestó—. En este caso, lo único que nos queda es esperar.

—No tendremos que hacerlo mucho—intervino Dragood—. En la nave les extrañará que no regresemos, y enviarán en nuestra busca. Calculando la trayectoria diagonal que seguimos, la órbita de la nave, y la revolución del planeta, es lógico que sigan nuestro mismo camino.

—Sera mejor que sea así—bostezó el piloto—.No muchos piensan en soluciones tan «lógicas».

—Optemos por dejar de discutir y montar las tiendas. No creo que sea mucho trabajo, y si hemos de pasar aquí la noche, nos serán de mucha utilidad.

Como no había nada más que hacer, empezaron a montarías. Por suerte, cada subnave iba provista de dos, y la tarea de emplazarlas cerca del destruido aparato fue más bien entretenida. Cabían seis personas en cada una, y así destinaron una a los soldados, y otra para ellos. Travers dispuso que se hicieran turnos de vela durante la noche, con el fin de evitar alguna sorpresa. Aunque **el** informe de los exploradores decía que la única especie animal existente en el planeta era inofensiva, era mejor asegurarse.

Pronto se hizo la noche, después de un crepúsculo brevísimo. Sin nada que poder hacer, los once hombres se retiraron a descansar’, dejando una guardia de dos soldados.

Durante la noche, Travers no pudo dormir. El accidente sufrido, a pesar de todo, le intrigaba. Una nave no falla así como así, y si el piloto decía que la había repasado antes de salir, era muy difícil que el motor estuviera en malas condiciones. A menos que...

«Amigo Greg—se dijo—te estás dejando llevar por los mismos supersticiosos pensamientos que los demás. SI que algunos crean que en este planeta hay algún «tabú», no quiere decir que realmente lo haya. Y si tú quieres demostrar a todos ellos que no les tienes miedo a

estas maldiciones, has de ser el primero en desecharlas».

Pero aunque intentaba tranquilizarse, no podía dejar de pensar en lo raro de lo sucedido en aquel planeta. Una nave destruida en idénticas condiciones que la suya, varios hombres desaparecidos... y esto solamente en el viaje de exploración. ¿Qué sucedería cuando realmente empezara la colonización?

Desvelado por aquellos pensamientos, se levantó, decidido a salir de la tienda para dar un paseo. Se colocó el traje térmico, y salió al exterior.

Al instante, una bocanada de aire puro le azotó el rostro. El trece planeta tenía una atmósfera completamente respirable, de mayor pureza incluso que la de la Tierra. Lo único que diferenciaba la noche terrestre de aquélla era la total carencia de estrellas en el cielo. El planeta, además, no tenía ninguna luna propia, pero la capa de nubes que lo cubría refulgía muy levemente, como un rescoldo de luminosidad diurna. Recordó las palabras del texto del informe exploratorio.

«Las nubes absorben débilmente la luz del sol, y cuando éste deja de brillar, la expiden, al igual que el fósforo y otros materiales en la Tierra Este fenómeno, de causas desconocidas, es una de las características más esenciales del trece planeta.»

Un silencio total envolvía el campamento. Ni un solo ruido, ni siquiera un murmullo turbaba la quietud que imperaba en el ambiente. Al andar, sus propios pasos producían como un siseo al aplastar las plantas que cubrían el suelo. Curioso, se detuvo, dispuesto a gozar del total silencio que nunca habia podido gozar en la tierra, y...

¡Las pisadas continuaron oyéndose!

Por unos momentos sintió como si alguna mano helada le frotara el rostro, por efectos del miedo que repentinamente se apoderó de él. Después, ya más tranquilizado, sonrió.

«¡Qué tontería!—se dijo—. Incluso me asusto por los pasos de los soldados de guardia.»

El siseo dejó de oírse y Travers, casi por instinto, aguzó el oído. Transcurrió un lento silencio, y después, ¡un agudo grito perforó las tinieblas, llevando su eco a todos los ámbitos del campamento !

Travers salió de su inmovilidad. Dando media vuelta, corrió hacia el lugar de donde provenía el grito, y que era donde estaba el soldado de guardia. ¡Y allí lo descubrió, pálido, asustado, señalando tembloroso hacia un lugar frente a él!

—¡ Por allí!—murmuró incoherentemente—. ¡Se fue por allí! ¡Ha

escapado por allí!

—Tranquilízate, muchacho—intentó calmarle Travers—~ No ha sucedido nada. Debes haber sufrido una pesadilla...

—No capitán... le juro que no... Se fue por allí... yo lo he visto...

En aquellos momentos llegó Dragood, con los ojos semicerrados, inquiriendo por lo sucedido. Poco después, se reunía allí el resto de la expedición, todos con cara soñolienta.

—¿Qué diablos pasa?

El soldado, mientras, se había ido recuperando del- shock nervioso. Ya más tranquilizado, relató con voz alterada:

—No sé cómo sucedió, señor. Estaba yo aquí, montando guardia, cuando de repente, se me apareció frente a mí...

Travers arrugó el ceño.

—¿Se te apareció? ¿Qué?

—El demonio, señor. Un demonio verde, transparente, que me miraba con ojos malignos, mientras bailaba una danza macabra...

Travers levantó la mano, imponiendo silencio. Aquello sonaba a histerismo, y él no estaba para histerismos entonces. Lo que le contaba el soldado no tenía ni pies ni cabeza.

-—Empieza por el principio—pidió—, y relata lo que te parece que viste, sin añadir tus impresiones, ¿comprendes? Objetivamente, no subjetivamente.

El soldado asintió con la cabeza. Y de nuevo principió su relato.

—Verá, me encontraba yo de guardia, ya se lo he dicho, cuando de repente, se materializó delante de mí un ser..., «algo», que no sé cómo describirlo. Era... era algo parecido a una rana, pero muy grande, del tamaño de un hombre, más bien baja y achaparrada. No tenía casi piernas, pero sí unos pies grandes, palmípedos, y unas anchas manos, enormes... Parecía sólido, pero se podía ver a través de él. Se acercó a mí, y me miró con una sonrisa diabólica en su boca de rana... Y se puso a bailar. ¡Sí, a bailar! Movía sus pies rítmicamente, al compás de algo que parecía macabro, fantasmal... Y de repente dio media vuelta y se alejó, desapareciendo como había aparecido. ¡Fundiéndose en la nada!—se interrumpió unos momentos, y terminó—: ¡Les juro que es verdad!

Durante unos segundos nadie habló. Todos tenían idénticos pensamientos en la mente... Unos seres verdes, transparentes, con pies palmípedos... ¡Palmípedos! Huston había mencionado a Travers unas huellas palmípedas con relación a la primera exploración. Además, el informe las describía. ¡Pero era imposible! ¡No podían existir unos

monstruos como aquél! ¡Y que bailasen!

—No me creen—murmuró el soldado lastimeramente—. Y es cierto. Les juro que es cierto.

De pronto se interrumpió, la mirada fija en un determinado punto del suelo. Y su mano se extendió, señalando hacia allí trémulamente.

—¡Miren! ¡Ahí están sus huellas!

Todos dirigieron la vista hacia aquel punto. Un conjunto de diez miradas convergieron hacia allí, ¡para apreciar unas huellas grandes, palmípedas, que se hundían profundamente en la blanda tierra!

—Es increíble...—murmuró alguien.

Otro, Travers no supo quién, más práctico, encendió una linterna y fue siguiendo la línea de huellas que se alejaban del campamento.

Pero no tuvo que iluminar mucho trecho.

¡Porque, no mucho más allá, las huellas se interrumpían bruscamente!

Nadie supo cuánto tiempo permanecieron inmóviles allí, contemplando aquellas huellas cortadas bruscamente, sin señal de continuidad.

Nadie supo tampoco quién fue el que rompió el encanto del momento, intentando tomar a broma el asunto.

—Parece como si el genio del mal de éste planeta intentara hacernos la pascua. Empiezo a tener mis dudas...

No completó la frase, pero todos se imaginaron el resto. Y todos empezaron también «a tener sus dudas». Porque la maldición que parecía pesaba sobre el trece planeta empezaba a hacer su efecto.

Y todavía continuaría...

CAPITULO IV

PAUSA

El día siguiente transcurrió sin ninguna novedad digna de mención. Nada se descubrió que trastocara el paisaje, y nada alteró la caima de la soledad en que estaba sumida aquella parte del trece planeta. Durante todo el día los once hombres perdidos en aquella soledad permanecieron inactivos, esperando que llegara la ayuda que, para su gusto, empezaba a demorarse demasiado.

Y llegó otra noche, y de nuevo el temor y la superstición. No se hicieron guardias. Se unieron las dos tiendas en una sola, y permanecieron así todos juntos, con las armas al alcance de la mano. Nadie pudo dormir. Todos estaban alerta, sin concederse un momento de distracción. A cada momento les parecía oír ruidos, extraños siseos de pisadas, golpes sordos... Pero nada ocurría.

Y así llegó la mañana. Tan pronto amaneció, todos, de común acuerdo salieron al exterior. Y allí, todos se detuvieron estupefactos. Porque, si bien todos esperaban encontrar «algo», no esperaban que este «algo» fuera lo que pudieron contemplar en la puerta de la tienda.

¡Un gran renglón de pisadas corría, desde la salida del campamento, hasta la misma puerta de la tienda, como si el causante de ellas hubiera estado espiando el interior.

Sobrecogidos, casi temerosos todos, fueron siguiendo las misteriosas huellas, para encontrarse con lo mismo que la noche anterior. ¡Las huellas desaparecían bruscamente en mitad de la pradera, sin solución ninguna de continuidad!

—¡Pero eso es inaudito!—murmuró Timbler, inclinándose a examinar el lugar donde las pisadas desaparecían tan misteriosamente como antes.

Lomhard se inclinó también, uniéndose al anterior.

—Parece como si esa extraña criatura hubiera venido volando—observó.

—¿Criatura… u hombre?

Todos volvieron su vista hacia Dragood que, algo apartado, contemplaba tranquilamente las huellas, en ademán contemplativo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Recuerden lo que contó ayer el soldado… Lancaster, creo se llama. Vio un animal grande, enorme, muy parecido a una rana… y palmípedo. Ahora bien. Un animal irracional, ¿sería tan inteligente como para volver hoy otra vez. y observamos sigilosamente? ¿Podría, como hizo ayer, aparecerse al soldado Lancaster y bailar un poco ante él? ¿Y podría, finalmente, hacer desbaratar el vuelo a la subnave, de modo que tuviéramos que aterrizar «precisamente aquí»?

—¡Pero eso es injustificado! Nadie puede afirmar que las causas que hicieron fallar el motor de la subnave fueran antinaturales.

—Pues entonces, ¿cuáles fueron estas causas?

Un silencio siguió a estas palabras. Todos los rostros se volvieron hacia las huellas, con muda aprensión. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Sería cierta la maldición que pesaba sobre Tierra XIII?

Travers se volvió hacia los soldados:

—Borrad todas esas huellas.

Todos le miraron, sin comprender, de tal modo que tuvo que repetir la orden para que le obedecieran. Cuando los soldados se alejaron a cumplir su cometido, Travers se volvió hacia los demás:

—Hay que tomar una resolución drástica con respecto a todo esto.

—Tú dirás—contestó Timbler, encogiéndose de hombros.

—Hemos venido aquí, con el fin de preparar la colonización de este mundo. De antemano sabíamos que aquí sucedían cosas no naturales, pero… no por eso alguien tuvo miedo, y no quiso venir. No voy a discutir ahora si pensamos que todo eran cuentos, o no. La cuestión es que todos vinimos. Y ahora nos encontramos que estos hechos tan cacareados en la Tierra son ciertos. Si se enteraran de ello los colonos que, en Ja nave, esperan el momento de bajar, se formará una especie de opinión pública contra la colonización…

—¿Y bien?

—Hay que evitar que los que vengan después de nosotros se enteren de lo sucedido aquí. Por eso he hecho borrar esas huellas. Hay que guardar silencio sobre ello ante todos. Solo así lograremos que esas estúpidas manías no se nos infiltren en la cabeza a todos.

—¿Quiere decir que no se infiltraron ya?

Travers se volvió hacia Dragood, que era quien había hablado.

—En los colonos, no. Ahora ellos no saben que aquí ocurren cosas raras. Solo saben que en la exploración ocurrieron algunos accidentes, más o menos fortuitos. No saben lo que hay en el fondo de este asunto. Y hay qué evitar que se enteren.

—Los soldados hablarán.

—Se puede obligar a que no hablen.

—¿Y si durante la colonización continúan sucediéndose cosas anormales?

—No sucederán. Se montarán guardias numerosas, a fin de que nadie pueda acercarse sin ser visto. Se instalarán reflectores, aparatos de alarma, defensas…

—Ya—murmuró Dragood—. Y los colonos permanecerán ciegos a todas esas demostraciones, ¿verdad?

—No, pero se les puede decir… se les puede decir que hay animales de gran tamaño que pueden ser peligrosos…

—Todos saben por el informe que los únicos animales que existen en el planeta son inofensivos y de corta talla.

—¡Está bien! Les diremos que los animales enloquecen, o alguna otra cosa. ¡Pero hay que evitar quel!a gente se atemorice!

—¿No será que estás atemorizado tú también?—preguntó Timbler suavemente.

Travers se detuvo unos momentos. Después, con voz ronca, afirmó:

—Sí. Estoy atemorizado, como lo estáis todos vosotros. Pero no por eso hemos de dejar que a los demás también les suceda lo mismo. ¿O qué queréis que hagamos? ¿Que regresemos a la Tierra con la cola entre patas? ¿Que digamos al coronel Huston y a todos los jefes del Departamento de Colonización que hemos fracasado? ¿Que en el planeta ocurren cosas raras y hemos cogido miedo? Cuando aceptamos esta misión, sabíamos que aquí sucedían cosas raras. Entonces, ¿por qué la aceptamos?

—Porque creímos que todo sería una leyenda.

—¡Y bien! Porque creímos sería una leyenda. ¿Y solo por comprobar que la «leyenda» es cierta hemos de dar media vuelta como conejos asustados? La superstición no existe. Es un mito, todos lo sabemos. ¡Y nuestra misión es ahora descubrir las causas de los hechos anormales que aquí suceden!

Siguió un silencio. Todos se miraban entre sí, sin acertar a tomar

una posición adecuada.

—Bien—inquirió Travers-—. ¿Qué decidimos?

—Estoy de acuerdo contigo—contestó Timbler.

—Yo también.

—Y yo...

Así, lentamente, todos fueron dando su conformidad. Y cuando se hubieron puesto de acuerdo, decidieron poner un plan en práctica; seguir como si nada hubiera sucedido. Después de hablar con los soldados, y hacerles prometer bajo juramento que nada dirían de lo sucedido, empezaron a preparar las cosas. Si sus cálculos no fallaban, pronto 1legaría una nave a buscarles. Para entonces, debían estar preparados.

* * *

Transcurrió toda la mañana sin que se registrara ninguna novedad. Por la tarde, después de comer, uno de los soldados señaló un punto que se iba agrandando en el horizonte.

—Ya están aquí—-murmuró Lombard.

En efecto, se trataba de una subnave. Venía del lado opuesto de donde habían venido ellos, o sea, por la parte del río. Cuando llegó hasta ellos, hizo un rápido viraje para tomar tierra, como señal de que los había divisado.

—Mientras no le falle el motor...—murmuró uno de los soldados.

Pero, por suerte, esto no sucedió, y la nave tomó tierra cerca de ellos, más hacia la parte de las montañas.

En grupo, se dirigieron hacia el lugar donde había aterrizado. Cuando les faltaban pocos metros para llegar, la puerta se abrió, y empezaron a descender varias personas.

La primera era Walter Hordnauser, el técnico astronáutico, que había quedado como jefe de la nave. Le seguía el otro hermano Pacelli, y después...

Travers lanzó un taco al ver aparecer a Silvia. Se adelantó hacia ella, furioso.

—¿Qué haces aquí?

La muchacha se encogió indolentemente de hombros.

—Quería conocer de una dichosa vez el planeta al que íbamos a parar. Ya sabes que soy curiosa, y no me resignaba a esperar al desembarco general.

Travers se limitó a volverse hacia Hordnauser, como pidiéndole

una explicación. El técnico astronáutico se encogió de hombros.

—Fue ella quien casi se puede decir que organizó la expedición. Empezó a decir que os había pasado algo, que ya debíais estar de vuelta... Me llenó tanto la cabeza con sus palabras, que me vi obligado a traerla aquí o hubiera estallado.

—De todos modos, no debíais haberla llevado... Esa primera exploración no es cosa para mujeres.

—¿Por qué?—inquirió la muchacha, curiosa—. ¿Acaso sucede algo anormal? No me dirás que la leyenda sobre ese planeta...

—¡No, no es cierta!—cortó Travers, frenético.

—¿Entonces?

—¡Entonces, que si no te callas, te voy a dar una buena tunda!

—Bien, hazlo.

Travers soltó unas cuantas palabras ininteligibles, dándole la espalda a la muchacha y volviéndose hacia donde estaba el resto del grupo, que se había apartado algo. En aquel momento, Timbler estaba hablando con Hordnauser de la avería sufrida en su nave. Según decía, había sida causa de las montañas, que debían poseer magnetismo, cosa que había hecho despistarse al aparato.

Naturalmente, eso no era más que un subterfugio, pero sirvió para que Travers reconociera en ella parte de verdad. ¡Claro! La nave primera vino por la parte de las montañas, y se estrelló. En cambio, la segunda...

Recordó lo leído en el informe. También la primera nave debía haber venido de la parte de las montañas, según cálculos hechos por el capitán explorador. En cambio...

¡Sí, eso era!

Se unió al grupo, dando su punto de vista. Hordnauser empezó a estudiar el problema, y bastante después aun seguía la diatriba. Los sucesos de las dos primeras noches en Tierra XIII estaban repentinamente olvidados. Ahora, el principal problema era plantear la colonización.

¿La maldición del trece planeta? ¡Al diablo supersticiones!

Desgraciadamente, pronto habrían de volver a primer término,..

* * *

El desembarco e instalación de los colonos se realizó mejor de lo que se hubiera podido soñar.

La gran nave aterrizó, por la parte del río, en el lugar donde se

había decidido instalar la gran ciudad prefabricada que sería la primera del planeta, y que daría albergue a la colonia, y los nuevos pobladores de aquella tierra fueron descendiendo ordenadamente y sistemáticamente y empezaron a distribuirse, marcando sus emplazamientos.

La nueva ciudad que debería alzarse allí estaba ya prevista y proyectada por el departamento de colonización, de acuerdo con los detalles técnicos y topográficos del planeta. En base, la ciudad estaba dividida en cinco partes o sectores. El primero comprendía un solo edificio, el mayor de la ciudad: el edificio de control, donde se albergarían todas las autoridades y existirían todas las oficinas públicas y de mando, amén de los aparatos esenciales para el mantenimiento de la ciudad. El segundo, o sector residencial, donde habrían las viviendas de los colonos, y que estaba situado alrededor del edificio del control. El tercero, o sector comercial, donde estarían ubicadas todas las tiendas, comercios y economatos, donde los colonos podrían aprovisionarse de todo lo que necesitaran. El cuarto, o sector industrial, situado en la periferia de la ciudad, y que abarcaba todas las fábricas donde se irían trabajando todos los productos que se fueran obteniendo del planeta. Y finalmente, en quinto y último, o sector rural, que abarcaba toda la llanura comprendida entre las montañas y el río y que, de progresar la colonia, se podría ampliar hacia el otro lado del río.

Tres días después de haber descendido la nave, la totalidad de los colonos y material habían sido descargados. Dejando en el pequeño espaciódromo recién construido, cinco subnaves, la gran nave de transporte despegó, remontándose hacia su órbita. De ahora en adelante, el gran aparato solamente serviría como depósito de objetos no utilizables de momento, almacén de productos de no reciente consumición, y guarnición en el espacio. Como un satélite, la gran nave sería el vigía y la vanguardia de aquellos primeros colonos del trece planeta, un gran mundo para colonizar.

Los diez primeros días fueron de un trabajo agotador para Travers y el resto de la oficialidad. Bajo su dirección y orientación, la gran y moderna ciudad quedó instalada. Se había trabajado duro, pero al fin empezaba a marchar bien la cosa. Cuando la instalación de Cosmópolis I, como había sido bautizada la que sería capital del trece planeta, estuvo construida, llegó la más agotadora tarea: dar cobijo en ella a todos sus habitantes. Durante un día completo, Travers y los demás oficiales fueron revisando que la instalación se hiciera en el más perfecto orden. Al fin, tras agotadora tarea, se logró lo apetecido.

Serían las once de la noche (hay que hacer constar que en la Tierra XIII el día tenía veintiséis horas, divididas en dos períodos de trece)

cuando Travers, Timbler, Lombard, que ahora había pasado a ser jefe de seguridad, y Dragood, regresaron al despacho del primero, rendidos pero satisfechos. Se dejaron caer en sendos sillones, permanecieron así unos minutos, inmóviles, sin hablar. Aunque lo principal estaba ya hecho, aún faltaba lo peor: la organización. Debían formarse las patrullas de desbrozo del terreno, comisionar a los encargados del sector comercial, de la parte fabril... aún quedaba mucho por hacer antes de que todo marchara sobre ruedas.

—Bien—murmuró Timbler—. Por hoy se ha terminado.

—Y sin tropiezos—observó el expiloto.

Por la mente de los tres hombres pasó la imagen de los dos primeros días, y todos sonrieron imperceptiblemente. Durante todo el proceso de instalación de la colonia, no había sucedido nada anormal, y todos los que vivieron aquellas dos interminables noches empezaron a tomar a broma todo lo sucedido. El mito del trece planeta, imperceptiblemente, había sido corrido a un lado.

—Bien—dijo Travers, con un mucho de ironía—. Creo que ya hemos descansado bastante. ¿Cuál es el plan para mañana?

Con sendos suspiros de resignación. los tres máximos ayudantes del jefe de colonización se pusieron en pie, acercándose a la mesa. Travers desplegó sobre ella Un mapa topográfico del terreno y lo examinó.

—Lo primero que hay que hacer es proceder a desbrozar el terreno. Tenemos que hacerlo desde el río a las montañas, y desde el bosque a esas otras montañas—señaló los lugares descritos—. Para ello lo mejor es dividir el terreno en sectores...

Durante casi dos horas, los cuatro hombres prosiguieron trazando el plan de operaciones para el día siguiente. Cuando terminaron, Timbler, Lombard y Dragood se pusieron cansinamente en pie, lanzando apagados bostezos. Después de un «buenas noches» que apenas salió de sus gargantas, se despidieron, saliendo del despacho. Travers cerró la puerta, y volvió hacia su mesa.

Había instalado momentáneamente su dormitorio en una especie de habitacioncilla ajena al despacho, y antes de ir allí se entretuvo unos momentos poniendo en orden algunos papeles. Tenía ya puesta la mano sobre el botón de la luz, cuando sonaron unos golpes en la puerta. Rezongando sobre las visitas intempestivas, fue a abrir, encontrándose con, el delicioso rostro de Silvia enmarcado tras la puerta.

—Ya que Mahoma no va a la montaña, la montaña viene hasta Mahoma.

Travers se quedó como quien ve visiones. ¿Cómo habría conseguido

la muchacha entrar allí? El edificio de control era un lugar vedado para los colonos, y sin embargo...

—No te canses la cabeza—le aclaró la muchacha—. He usado un poco de «persuasión».

Travers se encogió de hombros. Estaba tan cansado y tenía tanto sueño, que no tenía siquiera fuerzas para regañarla.

—-¿No me haces pasar?

Travers salió de su inmovilidad estatuaria, apartándose a un lado. La muchacha entró con grácil paso, dejándose caer en un sillón.

—He venido a hacerte un poco de compañía en tu ermitaña soledad. ¿Has cenado?

Travers tuvo que reconocer que ni siquiera había pensado en ello. Moviendo tristemente la cabeza, Silvia abrió un paquete que traía en la mano, dejando al descubierto algunos bocadillos. Tendió uno a Travers, y se quedó con otro. Travers sintió la necesidad de disculparse del abandono en que había tenido a la joven.

—Perdona que no te haya visto hasta ahora, pero estaba tan ocupado...

—No tienes que disculparte de nada—rebatió Silvia—. Comprendo que estés tan ocupado, y me alegro de saber que no te has olvidado del todo de esta pobre «colono».

Travers, con el bocadillo entero en la mano, fue a sentarse al lado de la muchacha. Como por encanto, su sueño había desaparecido por completo.

—Silvia—murmuró—; ¿te he dicho alguna vez que te quiero?

—Pues... antes del desembarco, unas cuantas. Después, ninguna.

—Bueno. Pues ahora te lo digo: te quiero.

—¡Estupendo! ¿Cuándo nos casamos?

Travers se quedó perplejo. ¿Casarse en aquellos momentos, cuando la colonia apenas empezaba a organizarse?

—Sí, ¿por qué no? Si tú me quieres y yo te quiero... Además, sería un buen principio para la colonia. ¡El primer matrimonio celebrado en ella, el de su propio jefe! Lloverían las felicitaciones, no te quepa duda.

—No, no, si no tengo nada que oponer, pero...

—Pero no me quieres lo bastante.

El desparpajo de la muchacha causó su efecto en Travers. Se la quedó mirando, dudoso de tomar sus palabras como una broma, o

interpretarlas en su sentido estricto. La sonrisa de Silvia le confirmaron en su primera impresión, y también sonrió:

-—Has llegado a asustarme.

—¿Por qué? ¿Tanto horror te causa la idea de casarte conmigo?

—Al contrario. Pero ahora, entre tanto trabajo... ¿Qué te parece si lo posponemos para cuando todo marche ya sobre ruedas? Entonces podremos tomarnos unos días de descanso, y realizar una luna de miel por todo lo alto. ¿Conformes?

Silvia rió, asintiendo con la cabeza. Travers se puso de pie.

—Bien. Y ahora... ¿qué te parece si los dos nos fuéramos a descansar un poco? Mañana me espera mucho trabajo.

—¿Me echas?

—Pues, casi casi. Tengo sueño, nena.

—Bien, en este caso... Te cambio concederte el descanso por un paseo por los alrededores mañana. ¿De acuerdo?

—¡Pero Silvia! Si ya te he dicho que tengo mucho trabajo.

—Pueden encargarse de él Timbler y Lombard. Total, para vigilar el desbrozo del terreno...

Travers enarcó las cejas.

—¿Cómo sabes lo que hay que hacer mañana?

—Pues...—la muchacha bajó la cabeza—. He escuchado por la cerradura !o que hablabais.

—iSilvia! Esto no es correcto.

—Ya lo sé. No es correcto, y va contra el reglamento. ¡Pero si vieras lo incómodo que es aguantar dos horas de rodillas, escuchando por un agujero...!

Travers no pudo por menos que echarse a reír. Silvia, con paso elástico, se dirigió hacia la puerta. Cuando llegó a ella, se volvió.

—Así, ¿me prometes que mañana vendrás a dar un paseo conmigo?

—Lo intentaré.

—-¡Nada de intentarlo! Me lo has de prometer, o juro no verte de nuevo hasta...

—Hasta mañana—cortó Travers, lanzándole un beso con la punta de los dedos, y cerrando la puerta a continuación.

Lanzó un suspiro. Lamentaba haber tenido que despedir a la muchacha de aquella manera; pero se estaba cayendo de puro sueño. Avanzó hasta su cuarto y, sin desvestirse, se echó sobre la cama.

Poco después, dormía profundamente.

CAPITULO V

NUEVAS SORPRESAS

La mañana siguiente amaneció tan atareada como las anteriores. A primera hora, tan pronto apuntó el sol (mejor dicho, se iluminaron las nubes), las brigadas designadas para desbrozar el terreno, provistas de máquinas adecuadas, estaban ya preparadas. Las primeras horas de trabajo fueron agotadoras para Travers y sus ayudantes, pues tenían que ir indicando a cada uno el modo de hacerlo mejor y los sectores a los que se tenían que dedicar. Después, cuando los colonos fueron hallando práctica en el trabajo, las indicaciones fueron menos necesarias, y pudieron tomarse unos momentos de descanso.

Entonces fue cuando se presentó Silvia.

La primera noticia que tuvo Travers de su presencia fue un codazo dado por Timbler mientras una risita aparecía en sus labios. Travers se volvió en redondo, y la vio.

Vestía un ceñido traje verde, que resaltaba aún más su belleza. Con un sombrero también verde, que la protegía de la claridad solar, y un collar de fibra sintética con el que sujetaba a Galo, parecía la divina encamación de Diana cazadora. Al verle, una luminosa sonrisa entre abrió sus labios. El perro, a su lado, meneó contento la cola, como saludando a Travers.

—¿Dispuesto a acompañarme?

Travers se volvió hacia sus dos ayudantes, turbado. Con el ajetreo del momento, había olvidado totalmente lo que prometiera a la joven el día anterior.

Timbler pareció comprender su dilema. Sonriendo, le instó:

—Será mejor que te tomes un descanso antes de que te agotes demasiado. Luego ya lo haremos nosotros… si tenemos la suerte de encontrar una acompañante tan linda como la tuya.

Travers asintió. Dio los planos que traía en la mano a su ayudante, y se acercó a la muchacha.

—Cuando quieras…

Poco después, las dos figuras se alejaban, seguidas por la zigzagueante sombra del perro. Timbler y Lombard les contemplaron unos momentos. El ex-piloto meneó lentamente la cabeza.

—¿No tienes ganas de casarte, viejo amigo?

—Sí, pero ¿dónde encontrar una mujer como ésta?

Y encogiéndose filosóficamente de hombros, volvieron a su trabajo.

Mientras, Travers y Silvia, cogidos del brazo, se encaminaron hacía el cercano bosque rojo, no tardando en llegar a él. La muchacha lanzaba sorprendidas exclamaciones de admiración ante aquel espectáculo jamás contemplado.

El bosque estaba formado por altos árboles, algo espaciados entre sí, de un color morado, con profusión de hojas de un intenso color rojo en el haz, y algo más pálido en el envés. Las hojas nacían del tronco mismo, desprovisto de ramas, y eran de gran tamaño, lisas y sedosas. La muchacha arrancó una por curiosidad, y del tronco brotó un líquido amarillento que pronto se secó, formando un grumo en la herida.

—Ven—indicó Travers—. Vamos más adentro.

Así, fueron paseando un buen rato. Durante aquel tiempo, Travers se libró de todas las preocupaciones que durante los últimos días le habían embargado. Planos, proyectos… todo quedaba lejos. Incluso los sucesos ocurridos en las dos primeras noches en el planeta, yacían olvidados en un rincón de su memoria.

Pero, aunque él entonces no lo sabía, pronto volverían a ocupar un primerísimo plano.

Todo ocurrió inocentemente. El suelo estaba alfombrado por una especie de plantas, algo semejantes a las setas, de afilado talo y rematadas por una especie de campanilla. Silvia, curiosa, se inclinó a tomar una. Y entonces, Galo se puso a ladrar desaforadamente.

Silvia, asustada, se levantó. Conocía a su perro, y sabía que no alborotaba a menos que hubiera un motivo fuerte. Y el «motivo fuerte» no tardó «n presentarse.

Travers rió fuertemente al ver lo que había producido la alarma del perro, de Silvia, e incluso de él mismo. Era una especie animal, en algo semejante al canguro terrestre, pero de gran tamaño, pues casi alcanzaba los dos metros y medio de altura. Andaba erguido sobre sus patas traseras, dando cortos saltos.

—No te asustes—tranquilizó Travers—. Es un «canguro».

—¿Un canguro?

—Sí, así lo bautizaron los exploradores. Son los únicos animales que pueblan la superficie del planeta, al menos visiblemente. Son muy poco numerosos. Anda, ven. No te preocupes, son totalmente inofensivos. Incluso sociables.

El animal, que había aparecido de repente, se detuvo al ver a aquellos tres seres desconocidos para él. De momento, pareció sorprendido. Después, juzgando sin duda que no había que temer ningún peligro, inclinó indolentemente su cabeza y se puso a comer las plantas semejantes a setas que alfombraba el suelo.

—Constituyen su alimento—indicó Travers—. Ven.

Galo, al ver que el animal no ofrecía animosidad, había parado en sus ladridos y se acercó, husmeando cautelosamente. Silvia y Travers llegaron a situarse al lado del animal, sin que éste diera muestras de temor.

Cuando estuvieron a su lado, lo pudieron observar con más detenimiento. Cada vez se apreciaban más similitudes con los canguros. Como ellos, tenían fuertes y robustas patas posteriores, mientras las anteriores estaban casi atrofiadas. Estaban provistos también de una bolsa abdominal, donde debían guardar sus crías. Lo que más les diferenciaba de estos animales era la cabeza. La tenían chata, aplastada. La boca estaba dotada de largos incisivos, con los que cortaban las especies de setas, y sus ojos, grandes y redondos, carecían de párpados móviles, teniendo en su lugar una membrana transparente, siempre húmeda. Esto hacía que no parpadearan, y su mirar tenía un algo de triste y melancólico.

Travers le pasó la mano por el lomo, sedoso y suave. Silvia le imitó, y el animal volvió hacia ella la cabeza, lanzando un tímido «¿Uk?»

—-Parece inteligente—murmuró ella.

Travers afirmó con la cabeza. Mientras, Galo se había acercado por detrás al animal, y le husmeaba la fuerte y potente cola. El «canguro», al parecer molesto, la levantó, y el perro se quedó perplejo, contemplando frente a él, como rumiando sobre la repentina desaparición del objeto de sus husmeos. El_ «canguro», sin importarle al parecer la compañía en que estaba, dio media vuelta y se alejó por

entre la espesura, dejando tras sí un rumor de hojas desplazadas.

—Ven—dijo Silvia—. Sigámosle.

Travers no opuso resistencia, y se adentraron más en el bosque, seguidos del todavía perplejo Galo.

Pero el perro, apenas hubieron recorrido un par de metros, se detuvo, gruñendo de forma diferente a como lo había hecho antes. Y cuando Travers descubrió la causa de la agitación del animal, sintió como el pelo se le erizaba en la nuca.

¡A pocos pasos de ellos, se distinguían algunas pisadas, anchas y palmípedas, en todo iguales a las que descubrieron los dos primeros días de estancia en el planeta!

Silvia también las vio, y las señaló, excitada.

—¡Mira, Greg! ¡Hay otra especie de animales!

Travers estuvo tentado a responder que no creía fueran precisamente «animales», pero se contuvo. No convenía que la joven supiera lo sucedido. Se acercó, y las examinó con más detenimiento.

Sí, eran iguales a las otras. Y avanzaban hacia la parte posterior de unos árboles, alejándose después por el mismo lugar por donde venían.

¡El ser al que pertenecían aquellas huellas les había estado espiando!

Travers se levantó de nuevo, con el rostro demudado. Y esto no pasó desapercibido para la muchacha.

—¿Qué te pasa, Greg? ¿Sucede algo malo?

Negó con la cabeza. ¡Cielos, no podía contarle a Silvia nada de lo sucedido!

—Ven...—articuló—. Sigámoslas.

Fueron avanzando, cada vez adentrándose más en el bosque. Lo atravesaron completamente, hasta salir al otro lado, donde proseguía la pradera por un corto trecho. Y allí se quedaron inmóviles, contemplando algo que estaba fuera del alcance de sus mentes.

¡Al igual que las descubiertas con anterioridad, las huellas empezaban y terminaban bruscamente en medio de la pradera!

* * *

En el despacho de Travers estaban reunidos éste, sus dos ayudantes Timbler y Lombard, Bradley, el médico de la expedición, Hordnauser, Mathews y Dragood. Sentados en sendos sillones todos escuchaban las palabras que les dirigía el capitán jefe de Colonización.

Con pausadas frases, éste fue relatando lo ocurrido aquella mañana, en el bosquecillo situado al pie de las montañas magnéticas. Todos escuchaban con atención, sin perderse m una sola de las palabras. Y cuando Travers terminó, un denso silencio se hizo en la estancia.

—Bien. ¿Qué opinan de todo esto?

Durante unos momentos, nadie hablo, fué Dragood quien, después de lanzar un apagado suspiro, contestó a la pregunta.

—Hay alguien que nos espía, no hay duda.

En algún lugar se oyó una risita irónica y Timbler, mordaz, replicó:

Naturalmente. Eso ya lo sabíamos todos, pero ahora dígame. ¿Quién nos espía? ¿Por qué, el que sea, permanece oculto de nosotros como si nos temiera? ¿Cómo es que sus huellas se evaporan de nuestra vista? ¿Qué objeto persigue, o persiguen, realizando todo esto? Si es usted tan sabio como para esto, conteste.

Dragood lanzó a Timbíer una mirada muy poco amistosa.

—Oiga, jovencito. Si nos hemos reunido aquí no ha sido para resolver acertijos. Hay algo más importante que esto. Y tenga en cuenta que si se pudiera contestar una sola de esas preguntas que ha formulado, ya no existiría este... misterio que nos rodea. De todos modos—añadió después as una corta pausa—, podríamos formular algunas hipótesis para contestarlas, Por ejemplo, las huellas cortadas. Es muy fácil poseer allí una astronave...

—Capitán—interrumpió el ex piloto— Olvida que no sabemos si son o no animales

—Además—remachó Timbler—. Una astronave también dejaría huellas.

—¡Por favor!—cortó secamente Travers.

—Hemos venido aquí no a discutir, sino a intentar tomar medidas contra esto. ¿Cuál es su opinión repito?

Un nuevo silencio. Los reunidos se miraron entre sí.

—¿Qué pretende insinuar con eso?—pregunto Herdnauser.

—Sencillamente, que si esos seres, sean o no inteligentes, se cansan de su actitud pasiva, pueden causar un desastre. Hay que evitar que, sean quienes sean, penetren en Cosmópolis I. Y para eso, hay que instalar protecciones alrededor de la ciudad. El punto álgido es... ¿cuáles protecciones serán eficaces, y cuáles no?

En aquel momento, la puerta del despacho se abrió, y un soldado apareció por ella, agitado.

—¡Capitán, ha habido un tumulto en el sector residencial! ¡Hemos

cogido una mujer que dice haber visto un fantasma!

Todos se miraron entre sí. ¡Un fantasma! ¡Aquello quería decir que los misteriosos seres palmípedos habían entrado en la ciudad!

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En la delegación de seguridad, señor.

—Bien. Que la retengan. Ahora vamos para allá.

El soldado inclinó la cabeza y cerró la puerta. Dentro del despacho quedaron siete personas mirándose con sorpresa entre sí.

—Sean quienes sean esos seres—indicó Travers—, han empezado ya a actuar dentro de Cosmópolis I. Mientras interrogamos a esa mujer, vayan pensando en cuál protección será la más indicada.

Y sin añadir palabra, salió del despacho, seguido inmediatamente por los demás.

La delegación de seguridad se encontraba en un ala del edificio de control, y para llegar a ella apenas tuvieron que recorrer unos pocos metros. Apenas entraron en el despacho de la oficina, pudieron ver a una mujer, sentada en una silla, que retorcía nerviosamente un pañuelo. Al verles entrar, se puso en pie de un salto.

—¡Capitán! Esos hombres no quieren creerme, pero yo le juro que lo vi. Era un fantasma verde, con cara de rana... me miraba y sonreía... y bailaba, con sus pies de pato... y reía... ¡no quieren creerme!

Travers levantó la mano, interrumpiendo aquel aluvión de palabras incoheren-tes. Y este acto le recordó el mismo que había repetido con el soldado Lancaster. Y ya supo exactamente lo que iría a decir aquella mujer.

—Por favor—rogó—. Tranquilícese un poco y relátenos punto por punto lo sucedido.

La mujer asintió con un gesto. Después de unos momentos en las que intentó recobrar la calma, principió, un tanto entrecortadamente:

—Pues verá... me encontraba yo en mi apartamento, haciendo la comida para Hans... Hans es mi marido, ¿sabe usted?... pues como le decía me encontraba haciendo la comida, cuando... ¡oh, qué horror!

—Por favor, tranquilícese y relátelo todo lo mejor posible.

—-Sí, claro... Pues me encontraba haciendo la comida, cuando oí un ruido raro en el comedor. Extrañada, pues no había nadie en el apartamento, fui hasta allí, y lo vi...

—¿Qué vio?

—¡El fantasma!

—Sí, claro... ¿podría describírnoslo?

—Sí. Era una especie de hombre, o por lo menos tenía manos, pies, y cuerpo semejantes al hombre. Pero su cabeza era de rana, y sus manos y pies parecían de un pato, anchos y con membranas...

—¿Era de color verde?—interrumpió nerviosamente Lombard.

La mujer le miró, sorprendida. Travers intervino.

—Quiere decir de qué color era. Si verde... o azul, rojo...

La mujer asintió, sin que de sus ojos se apartara la sospecha.

—Sí, era verde. Un verde oscuro, muerto. ¡Y lo peor era que podía verse a través de él!

Travers murmuró un «claro» apagado. Después de permanecer unos momentos pensativo, preguntó:

—Y... ¿qué hacía?

—Nada. Estaba ahí quieto, mirándome con unos ojos grandes, redondos. Y de pronto, se puso a bailar.

—¿A bailar?

—Sí. Movía sus pies adelante y atrás, como si bailara. ¡Y mientras, se reía de mí!

—¿Con sonidos?

—No, pero su boca de rana se movía, y reía... sí, reía.

—Bien, sí... claro.

Travers estaba confuso. Aquella repentina aparición del monstruo en plena ciudad...

—¿Cuándo se fue?—preguntó de súbito.

—¿Irse? No se fue, capitán. Sencillamente, se esfumó, desapareció en el aire, sin que quedara ningún vestigio de su presencia. Solo... sí, un olor... algo característico... como azufre.

—¿Azufre?

—Sí, azufre. Aunque poco intenso. Un olor que me puso los pelos de punta, señor. ¡Era un espectro, un demonio de este maldito planeta!

—¡Por Dios!—exclamó Dragood—. Este planeta no está maldito, y los espíritus, fantasmas, demonios y demás espectros no existen más que en la imaginación...

—¿Quiere decir que he inventado todo esto? ¿No me creen?

—Sí —interrumpió Travers, dirigiendo a Dragood una mirada asesina—. La creemos, naturalmente. Aunque su opinión de que sea

un fantasma o un demonio… Puede ser cualquier criatura de este planeta.

—¡Pero ninguna criatura mortal puede desaparecer así como así!

—Está bien, señora, es algo raro, lo comprendemos. Haremos una investigación sobre esto, se lo prometemos. Ahora, váyase a su casa e intente tranquilizarse. Nosotros velaremos por usted.

—¿Y si vuelvo a ver al fantasma?

—No se preocupe y cruce los dedos—contestó Dragood irónicamente.

La mujer le miró, ofendida, y se fue dando un portazo. El cabo de guardia, que había contemplado fríamente la escena, meneó dubitativo la cabeza.

—Una pobre loca, señores. Supongo que no creerán nada de lo que ha contado.

—No, claro—contestó Travers sin mucha convicción—. Todo son imaginaciones.

Y sin añadir más, también salió, seguido de los demás. Con paso tardo, se dirigieron hacia el despacho de Travers, sin hablar. Cuando llegaron de nuevo allí, éste se dejó caer en el sillón, pensativo.

—Todo concuerda con la descripción del soldado Lancaster. Un monstruo verde, con cabeza de rana y pies de pato, transparente, y que puede desaparecer súbitamente. Nuestro invisible enemigo ha vuelto a las andadas, señores. ¿Qué piensan hacer?

—Estoy de acuerdo contigo—respondió Timbler—en lo de instalar defensas. Aunque quizás sea un poco arriesgado. Los colonos empezarán a murmurar…

—¡Al diablo los colonos! Bastante murmurarán ya ton lo de esta mujer… Ade-más, algo hay que hacer, digo yo.

—Sí—respondió Dragood—. Algo hay que hacer, menos dejarse llevar por los nervios. Y eso es lo que estamos haciendo nosotros.

—¿Qué?

—Dejarse llevar por los nervios, ya lo he dicho. Escúchenme. Aunque todo lo sucedido hasta ahora parezca anormal, no hay nada de sobrenatural en ello. Piensen que las maldiciones, los fantasmas y otras lindezas por el estilo no existen más que en las mentes calenturientas. Por lo tanto, todo lo sucedido ha de tener su explicación natural ¿Por qué un ser como el que nos ocupa no puede ser material, pero transparente por naturaleza? ¿Por qué no puede tener la facultad de desaparecer a voluntad y de vencer la fuerza de gravedad, elevándose del suelo siempre que desee?

Nadie contestó. Dragood paseó su mirada por la concurrencia, y terminó:

—Entonces, partiendo de la base que nos enfrentamos con un ser (o seres) natural, hay que buscar soluciones naturales. Y una solución natural es, por ejemplo, una barrera electromagnética. ¿No les parece?

La barrera electromagnética consistía en un campo de fuerza continua. Cualquier objeto, fuera o no visible, con tal de que fuera material, cortaría la barrera al intentar cruzarla, haciendo sonar la alarma, y lanzando hacia aquel punto una barrera de electrones que inmovilizarían lo que fuera que intentara pasar. Por eso, todos tuvieron que admitir que una barrera electromagnética era la mejor solución para protegerse de aquellos extraños seres-ranas.

Poco después, todos llegaban a un acuerdo. Se construiría una barrera electromagnética que envolviera toda la ciudad. Así, estarían relativamente seguros contra el invisible enemigo que, sin ellos darse cuenta, les acechaba. Una vez instalada, podrían considerarse más a salvo.

* * *

—¿Sabes la gran noticia ?

Travers negó con la cabeza, mientras seguía observando los procesos de desbrozo del terreno. Después del acuerdo a que habían llegado aquel mediodía, Timbler y Dragood se habían encargado de instalar la barrera, mientras él y Lom- bard proseguían con las tareas habituales. Y Silvia, apenas salir él del edificio de control, se le había pegado como una lapa.

—¿Cuál es la noticia?—indagó.

—La del fantasma de Tierra XIII. Toda la colonia habla ya de él.

Travers dejó de prestar atención al trabajo, para volverse hacia la muchacha.

—¿Qué has dicho?

—Que la máxima noticia de esta tarde es la del fantasma que vio la señora Mulliner. Toda la colonia hace comentarios. ¡Imagínate, un fantasma con patas de pato, cuerpo de hombre, y cabeza de rana! ¡Bonita combinación!

—¡Pero si no es posible!

—¿No es posible qué?

—¡Que se haya difundido la noticia! ¡Si tan solo hace unas horas...!

—¡Oh, no te preocupes! Las noticias corren como el viento, uno la cuenta a unos cuantos, ésos a su vez a otros... y así bastan diez

minutos para que todo el mundo lo sepa.

Travers se mordió los labios. No había contado con que la noticia se divulgaría con tanta rapidez. Hubiera tenido que pedirle a la tal señora Mulliner que no la divulgara, aunque... ¿qué hubiera podido lograr con ello? Una noticia que no sería más que motivo de risa en cualquier parte, pero que se convertiría en cosa importante en el planeta maldito... ¡Diablos, con aquello no había pensado!

—Estaba pensando... —murmuró la muchacha—, que aquellas huellas que vimos en el bosque correspondían muy bien a ese monstruo. ¿No resultará que este planeta es «tabú», y que el fantasma no es más que su genio realizador?[1]

—¡Por Dios, Silvia! No digas tonterías. Este genio, como tú dices, no puede ser más que un animal, de este planeta.

—¿Un animal que aparece y desaparece cuando quiere?

(1) Según las leyendas y supersticiones, cualquier cosa que sea *tabú* se supone está cargada de una energía misteriosa y diabólica que daña y destruye a toda persona que la toca, sea casual o intencionadamente En algunos pueblos de África y Polinesia se representa esta energía misteriosa en forma de un genio maléfico, que se aparece a sus víctimas anunciándoles su próximo fin.

—¿Y por qué no?

—Púes... prefiero la primera hipótesis. Es más... emocionante.

De pronto, una idea cruzó por la mente de Travers. Reteniéndola por un brazo, indagó:

—-¿Acaso has dicho algo a alguien de las huellas que descubrimos esta mañana en el bosque ?

—-Sí, a, papá... a mamá... y a algunas amigas. ¿Acaso he hecho mal?

Travers la soltó lanzando un apagado suspiro de resignación.

—iNo, no has hecho mal. Ahora, por favor, déjame solo. Tengo mucho trabajo que hacer.

Silvia, quizás comprendiendo su estado de ánimo, se alejó. Y Travers, maldiciéndose por lo bajo se puso a rumiar. El testimonio de una sola mujer de la colonia no tenía mucha fuerza. Ponía achacarse a una visión supersticiosa. ¡Pero el de una muchacha que había visto las huellas del fantasma acompañada del propio jefe colonizador...!

«Con tal de que no aparezca de nuevo ese fantasma...», murmuró para sí.

Pero los hechos no tardarían en demostrar lo contrario. Durante el

transcurso de aquella tarde, el fantasma se presentó a lo menos cincuenta personas, entre hombres y mujeres. Y no solo a personas aisladas, sino a grupos de ellas. Y aquella noche ocurrió el suceso que determinó a Travers a tomar medidas drásticas,

Lo contó más tarde un colono llamado Derwieks, apoyado por otros dos que también habían presenciado el suceso. Se encontraban junto con otro colono apellidado Rann, discutiendo sobre las extrañas apariciones. Este último se mos- traba escéptico, tildando todo ello de «cuentos de vieja». Y entonces, se apareció el monstruo.

Al verlo, el llamado Rann se rió, diciendo que no creía en espejismos. Esta vez, el fantasma no realizaba sus movimientos habituales de reírse y bailar. Se mantenía quieto, como si escuchara. El colono Rann, queriéndose tachar de valiente, se levantó y se acercó riendo al fantasma. Y entonces, la inmóvil figura habló:

—«Tú has sido el primero que has dudado de mi real existencia—dijo con voz cavernosa—, y tú serás el primero en sentir el peso de mi maldición. ¡Desaparecerás!»

Y, en movimiento rápido, extendió su mano palmípeda tocando con ella al colono.

¡Y el colono desapareció!

Los hechos confirmaban el relato de Derwicks. Algunos colonos vecinos suyos le habían visto entrar en su apartamento acompañado de sus amigos. Pero no había salido. Y dentro tampoco estaba.

Los rumores que se extendieron por toda Cosmópolis I alarmaron a toda la ciudad. Todos los colonos empezaron a sentir cómo el temor de algo desconocido y sobrenatural les ganaba. Y empezaron a sentir miedo.

Travers se vio en la obligación de atajar aquel sentimiento, que podía derivar fácilmente en un motín. ¡Debían hacer algo, y urgente!

Aquella misma noche, en el gran salón de reuniones de Cosmópolis I, ubicado en la planta de control, se reunió toda la colonia en pleno. En el estrado central, Travers, en pie, empezó a hablar a todos.

Con rudas palabras, sin ocultar ni paliar ningún hecho, relató todo lo sucedido aquellos días. Aunque los hechos y la opinión popular—dijo— incrementada por los relatos que corrieron en la Tierra, aumentados y desfigurados, habían hecho creer a todos que lo sucedido aquella tarde a la señora Muliiner, y después a muchos otros, además de la misteriosa desaparición del colono Rann, eran hechos sobrenaturales, nada más lejos de la realidad. Lo sucedido era natural, y bien natural. Existía una nueva especie en el planeta, unos nuevos animales, que tenían la particularidad de poder hacerse invisibles a

capricho. Por lo tanto, el tan cacareado fantasma no existía. Todo era obra de un determinado animal.

—¿Qué animal hay que pueda hablar como nosotros, y hacer desaparecer a un hombre con solo tocarlo?—saltó una voz de entre el público.

Se escucharon algunas risas. Travers quedó momentáneamente cortado, pero pronto se repuso. No sabían nada—dijo—de la especie de animales recién apare-cida. No sabían, por lo tanto, qué poderes tenían, y cuáles eran éstos. Sin embargo, ya había sido dispuesto un aparato de defensa contra la penetración del «mons-truo- rana» (ése era el mejor nombre que le cuadraba), y pronto sería puesto en funcionamiento. Se trataba de una barrera electromagnética, que los protegería de las incursiones y «visitas» del monstruo dentro de la ciudad. A la mañana siguiente empezaría a funcionar el aparato, y entonces podrían considerarse más seguros.

Seguidamente, fue Rufus Bradley quien habló, en su calidad de médico-biólogo. Con palabras claras, precisas y convincentes, determinó la condición natural de los «monstruos-rana», y las causas de sus repentinas apariciones. Con palabras llanas, comprensibles para todos, acompañadas de diversos esquemas en una pizarra, demostró que aquellos «fantasmas» no eran más que meros animales, con inteligencia, claro está. Las causas de la repentina desaparición del colono Rann no podían ser determinadas de momento, pero pronto intentarían tender una trampa al monstruo, capturando un ejemplar, que someterían a estudio.

Por unos momentos, pareció que su objetivo había sido conseguido. Los colonos en pleno llegaron a convencerse de que nada de sobrenatural había en todo aquello, y quizás hubieran seguido convencidos, de no haber sido por el «monstruo-rana» que se apareció repentinamente al lado de Bradley.

En la sala se oyeron grandes gritos. Algo alarmado, el médico-biólogo volvió la vista, descubriendo así al monstruo.

Este se encontraba al lado suyo, quizás algo más atrás, y contemplaba con sus grandes ojos a la concurrencia. Bradley, más que ver en él a un peligro, vio una ayuda que le venía que ni llovida del cielo. Con gran decisión, tomó una silla de su lado y, enarbolándola por sobre su cabeza, gritó fuertemente:

—¡Ved como es material!

Y descargó con furia la silla sobre el monstruo.

Aquél fue su principal error. Quizás, si no hubiera hecho nada, limitándose a esperar a que el monstruo desapareciera, nada hubiera

sucedido, y todos los colonos hubieran terminado más o menos convencidos de sus palabras. Pero Bradley descargó su silla contra la cabeza del monstruo, y ésta pasó a través del cuerpo de éste sin causarle el menor daño!

El «monstruo-rana» giró su cabeza, volviéndose hacia el médico-biólogo. Sus ojos brillaron, y su boca de rana se distendió en una sonrisa helada. Levantó con parsimonia su mano, y apuntó con ella al pecho de Bradley, que le miraba entre sorprendido y asustado. ¡Y una voz cavernosa retumbó por todos los ámbitos de la sala!

—¡Tú has sido el segundo que has osado levantar tu mano contra el genio, y tú serás el segundo en desaparecer!

Su mano avanzó, y se hundió en el cuerpo del médico-biólogo.

¡Y Bradley junto con el monstruo, desapareció!

Aquello fue la desbandada general. Los colonos se levantaron de sus asientos, lanzando agudos gritos las mujeres, rudas maldiciones los hombres. En vano Travers y el resto de los oficiales intentaron poner orden, secundados por algunos de los soldados. La gente estaba ya no atemorizada, sino francamente aterrorizada por lo sucedido, y ya no apelaba a razones. Todo el mundo se desparramó por la ciudad, buscando el astropuerto. Las cinco naves que se encontraban en éste fueron tomadas por asalto, y partieron hacia la gran nave que flotaba en órbita en torno al planeta. Los otros, los que no pudieron acomodarse en ellas, se lanzaron hacia sus apartamentos, cerrándose a piedra y lodo. Y durante toda aquella noche, nadie salió de sus habitaciones, por el temor de encontrarse frente al que se había calificado a sí mismo de «genio».

Travers, con toda la oficialidad, celebraron una reunión privada de verdadera emergencia. Una reunión en la que lo único que se hacía era discutir sobre lo sucedido, acusarse los unos a los otros, jurar, maldecir…

Al fin, Travers pudo calmar un poco la situación, y hablar con un poco de cordura. Los hechos sucedidos aquella noche eran de apariencia sobre natural, era cierto, ¡pero no por ello debían dejarse llevar por los nervios!

—Hay que evitar que el pánico colectivo haga presa en nosotros— dijo—. Como ha dicho más de una vez Dragood, no existen los fantasmas, ni las maldiciones. ¡Hay que destruirlas, apartarlas de nosotros! Si observamos todo lo sucedido bajo un punto de vista material, quizá lleguemos a encontrar, una explicación lógica a todo este asunto. ¡Pero nunca lograremos nada si nos aferramos **a** que todo es producto de una maldición!

—¿Qué se puede hacer?—indagó alguien.

—Seguir como si nada hubiera sucedido—respondió Dragood, anticipándose a Travers—. Mañana procederemos a instalar la barrera electromagnética, **y** continuaremos los trabajos como si nada hubiera sucedido.

—Pero los colonos no pensarán lo mismo. No querrán trabajar.

—¡Pues se les obliga! Hay que evitar, por todos los medios, que la gente permanezca ociosa. Si no hacen nada, empezarán a cavilar sobre los monstruos-fantasmas, y el final será una desbandada general como la de esta noche. Hoy solo ha sido una reacción temporal. Esta noche se calmarán algo los nervios. ¡Pero hay que evitar que cunda el pánico entre las gentes!

—¿Ha pensado que estamos incomunicados con la nave ?

—No importa, tenemos la radio. Además, sin subnaves, tenemos la seguridad de que nadie huirá de Cosmópolis I. Y ésta es nuestra principal arma.

Sí, todo aquello era muy fácil de decir. Pero, ¿sucedería en realidad? Lo sucedi-do había sido la gota que desbordaba el vaso. Los colonos ya estaban, aunque lo intentasen disimular, intimidados por la leyenda que corría en la Tierra sobre el trece planeta. Y la aparición de los «fantasmas», amén de la destrucción de la primera nave que descendiera, habían predispuesto el ánimo a la credulidad. ¡Y ahora lo de la asamblea!

Aquello había sido el final. Ahora ya nadie se atrevería a continuar la colonización del planeta. Los colonos exigirían volver a la Tierra, y ¡había que evitar aquello a toda costa!

CAPITULO VI

TINIEBLAS

La mañana siguiente, nadie se presentó al lugar de trabajo. Y no fue sino hasta después de muchos esfuerzos que Travers logró que algunos colo-nos, más valerosos que los demás, se ofrecieran para proceder al trabajo de roturar los campos. E incluso éstos se mostraban reacios, trabajando con desgana, incluso con miedo. No hacían más que mirar a uno y otro lado, como si temieran de un momento a otro ver aparecer al monstruo verde. Y, lo que era peor, incluso los soldados y los propios oficiales tenían ese supersticioso temor. ¡Todos temían al monstruo verde, a pesar de haberlo visto solo una vez!

La mañana transcurrió sin la novedad que todos esperaban... y temían. Cuando se interrumpió el trabajo para comer, Travers lanzó un suspiro de alivio, y todos los demás, cada uno por su parte, también. Parecía imposible que, después de la tarde y noche anterior, tan pletóricas de emociones, la mañana hubiera transcurrido tranquila, dentro de sus cauces normales.

Durante la comida de oficiales, nadie habló. Todos tenían sus propios pensamientos en que ocuparse. Por la tarde, se dieron los últimos toques a la barrera electromagnética que rodearía la ciudad. Travers contaba ya que por la noche funcionaría, y eso sería, si no una

seguridad de defensa, al menos una tranquilidad en el ánimo de todos los colonos. La noche traía consigo un amparo a todas las supersticiones y...

Durante toda la tarde, Travers permaneció pendiente de los trabajos de ultimación, y no fue hasta las trece de la noche[1] que quedó todo terminado. Y Travers lanzó un suspiro de alivio. ¡Al fin!

Las primeras pruebas fueron un éxito. Todos los objetos que se intentaron pasar a través de la barrera fueron detenidos, a la par que la alarma sonaba en el edificio de control. La barrera funcionaba a la perfección.

A la una y media de la madrugada, Travers se dirigió hacia su cuarto, con paso lento y cansino. Abrió la puerta, y se sorprendió al encontrar la luz encendida.

—¡Hola!

Se volvió, llevando maquinalmente la mano a la pistola de reglamento. Al ver que era Silvia la que había hablado, lanzó un suspiro de alivio.

(i) Recuérdese lo mencionado sobre el horario diurno del trece planeta.

—No hay soldados que vigilen el edificio, Greg —informó la muchacha—. Todos están temblando en sus casas. Por eso me ha sido tan fácil entrar.

—Ya lo sé.

Se quitó la guerrera, lanzándola sobre la mesa de despacho. Después, se volvió de nuevo hacia la muchacha.

—Hace un día y medio que no nos vemos, Greg.

—Tengo mucho trabajo.

—Y muchas preocupaciones.

Travers asintió. Demasiadas preocupaciones.

—¿Por qué no intentas evadirte de ellas, aunque sea solo por unos momentos? Si continúas así, vas a acabar enfermo de los nervios.

—Me parece que ya todos estamos enfermos de los nervios. ¡Ese condenado planeta...!

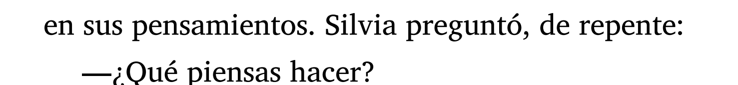
—Antes no hablabas así, Greg. ¿Qué te ha hecho cambiar?

—Todo. Este ambiente, esa tensión, esos hechos antinaturales...

—...y ese genio verde—concluyó la muchacha.

—Sí.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, cada uno sumido


en sus pensamientos. Silvia preguntó, de repente:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Qué qué pienso hacer? ¿Sobre qué?

—Pues sobre esa situación. Pregunto si piensas continuar la colonización o deseas volver a la Tierra.

—¿Volver a la Tierra? ¡Ni soñarlo! Nos fue encargada una misión, y hemos de cumplirla pese a quien pese y pase lo que pase.

—Pero lo que está sucediendo…

—No me irás a decir que crees en supersticiones y fantasías.

—No, Greg. Pero lo que sucede aquí no es natural.

—Cierto, pero ha de tener su explicación natural. ¡Y yo he de encontrarla!

—¿Cómo?

—No lo sé, Silvia, y aquí está lo difícil del asunto. Sería diferente si nos encontráramos con hechos sorprendentes, pero cuyo origen pudiera buscarse. Mas… ¿cómo saber de dónde viene ese «monstruo-rana» si desaparece en el aire, sin dejar el menor rastro?

—No lo sé.

—Yo tampoco, y ahí está la piedra en que tropiezo siempre. ¡Si lograra descubrirlo…!

Se desciñó el cinto con el revólver, colocándolo en una silla, y se volvió de nuevo hacia la muchacha.

Y en aquel preciso momento, se apagó la luz.

Travers soltó una sonora maldición. ¿Qué podía haber ocurrido ahora para que la luz se apagara de aquella forma? No podía tratarse más que de un fallo del motor atómico que alimentaba todas las luces de la colonia…

—¿Qué sucede, Greg?

—No lo sé. Seguramente debe haber fallado algo en los motores. Voy a ver.

Rebuscó en un cajón, tomando una linterna, y la encendió. Se dirigió con paso rápido hacia la puerta, pero a medio camino lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos, recogiendo el cinto y ciñéndoselo. Tomando de nuevo la linterna, volvió hacia la puerta.

—¡Voy contigo, Greg!

No se opuso al deseo de Silvia. La conocía lo suficiente para saber que serían inútiles todos sus argumentos para que la muchacha no le acompañara. Y ahora no cabía perder tiempo en discusiones inútiles.

Enfiló por el pasillo, dirigiéndose hacia los ascensores.

Por el pasillo fueron abriéndose puertas, y desde dentro voces desconocidas indicaron lo sucedido. El apagón había sido general, y por lo tanto, los ascensores tampoco funcionarían. Tomó la escalera, y empezó a descender pisos a gran velocidad.

En la planta baja se encontró con Timbler, Lombard, Dragood y Mathews, que iban en la misma dirección. Se unieron en un solo grupo, y descendieron a la central de energía, situada en los sótanos.

Allí les salió a recibir el encargado, pálido y tembloroso. Llevaba en la mano una potente linterna de emergencia, que le temblaba al compás de su miedo. Al reconocer a los que se le acercaban, lanzó un suspiro de alivio.

—Vengan pronto. Ha sucedido algo... asombroso.

Travers arrugó el ceño al oír aquellas palabras. ¿Todavía más?

—¿Qué ha pasado?—preguntó Timbler—. ¿Todavía no ha puesto a funcionar los motores supletorios?

--Es que el principal no se ha averiado, señor. Funciona normalmente. Mejor dicho, funcionaría de tener un solo gramo de uranio como combustible.

—¿Qué dice?—aulló casi el capitán Dragood.

—Lo que ha oído, señor. El uranio ha desaparecido en su totalidad.

Habían llegado a la gran pila atómica que proporcionaba luz y energía a toda la ciudad. La primera mirada que Travers dirigió fue al registro indicador de reserva de uranio.

—¡Pero si aquí señala una cantidad suficiente para dos años!—exclamó, al constatar la cifra

—Cierto, capitán. Esto es lo que «debería» haber de reserva. ¡Pero le juro que no hay nada! ¡Todo ha desaparecido!

Travers lanzó un reniego. Sin dudarlo un momento, se dirigió hacia la cabina de control, y tomo de allí un traje de protección anti radiactiva. Se lo colocó, y con paso firme se dirigió hacia la gran esclusa de seguridad que comunicaba con el núcleo del motor atómico. La abrió, y penetró en el interior.

El núcleo del gran motor atómico comprendía dos partes. La primera, donde se realizaba la fusión del uranio, y la segunda, o depósito del mismo. Todas las partes eran automáticas, y cuando se gastaba el que había en la pila, otra cantidad igual pasaba a sustituirla por medios mecánicos. Travers examinó detenidamente los dos departamentos, así como el conducto que iba del uno al otro.

Cuando regresó con los demás, estaba pálido. El encargado no había mentido. Ni en el corazón de la pila, ni en el departamento de reserva, ni en el conducto automático existía una mota de uranio. Es más, el contador geiger no registraba la más ligera radiación.

¡Todo el uranio, hasta la más ínfima partícula, había desaparecido!

—¡ Pero eso es imposible!—exclamó Dra- good—. ¡No puede ser!

—No puede ser, pero es—contestó Travers. Y sarcástico, añadió—: Quizá usted con su portentosa lógica, pueda explicarnos a qué se debe el fenómeno. .

Se quitó el inútil traje, pues en la pila había el menor asomo de radiactividad, y se encaro con los otros.

—Bien. La causa de la desaparición del uranio es un fenómeno inexplicable de momento, pero no debemos perder el tiempo en hallarle explicaciones. Lo principal es que nos hemos quedado sin energía para nada. Hay que enviar un mensaje radiotelegráfico a la nave, para que nos sea enviada una nueva provisión.

Se dirigieron hacia la sala de comunicaciones, ordenando al operador que los pusiera en comunicación con la nave orbital. Y mientras esperaban en la oscuridad, negros pensamientos bullían en sus mentes, ¿ Qué les sucedería ahora.

Pero por más que pensaran lo peor, no estaban preparados para recibir las palabras del radiotelegrafista de la nave.

—¡Ha sucedido un hecho sorprendente, capitán —les indicó éste—. ¡Todo el uranio que existía en la nave, desde el de los almacenes hasta el del corazón del motor atómico, todo, hasta la más ínfima partícula, ¡ha desaparecido!

* * *

La repentina oscuridad que se había producido en toda Cosmópolis I trastornó los nervios de los pocos que aún los tenían en su sitio. No fue suficiente que Travers y los demás oficiales intentaran hacerlos volver en razón. Como una oleada, la masa humana de la ciudad se lanzo a las calles, chillando y protestando. Travers, temiendo un asalto al edificio de control, mandó poner doble guardia de soldados, pero estos no tenían tanta tranquilidad como para permanecer impasibles en sus puestos ante el terror colectivo que se estaba apoderando de la colonia y muchos no tardaron en desertar de sus puestos, lanzándose a las calles junto a la multitud.

Por suerte, aquella fue una desbandada sin objetivos. Sin subnaves para regresar a la nave orbital, nadie se atrevía a lanzarse a la pradera semiconvertida ya en campos de labor. Después de un prolongado

vagar por las calles, sin rumbo fijo, los ánimos fueron tranquilizándose, y cada cual volvió a su apartamento, entre tinieblas, choques y maldiciones.

Travers y el resto de la oficialidad, en un mirador del edificio de control, intentaban taladrar con sus ojos las tinieblas reinantes, solo turbadas por el debilísimo resplandor de las nubes.

—¿Qué puede haber sucedido?—murmuró Timbler.

—Lo ignoro. Sin embargo, es un consuelo saber que, al menos momenta-neamente, no habrán más disturbios.

—¡Vaya consuelo! Sin energía para iluminarnos, sin energía para propulsar ninguna nave, sin energía para nada... ¿qué vamos a hacer? Somos como una isla perdida en el espacio. No podemos esperar ninguna ayuda. Hemos de valemos de nosotros mismos, pero... ¿de qué modo?

—Ya encontraremos alguna solución. Aprovechando la corriente del río, podemos fabricar electricidad. Podemos trastocar los motores atómicos en eléctricos...

—Muy cierto, pero ¿quién se encargará de hacer todo esto? Nosotros, los que todavía conservamos algo la cabeza sobre los hombros, no somos más que una docena mal contada. ¿Crees que podemos hacer algo?

—No. pero los colonos...

—No confiemos en los colonos, amigo. Todavía no comprendo como hoy han habido algunos valientes que se han atrevido a salir a trabajar, pero mañana...

Todos tuvieron que admitir lo acertado de aquellas palabras, ya no se podía exigir más de la gente. Ahora lo único que les cabía hacer era esperar. Esperar...

¿Qué?

Nadie lo sabía. Pero lo único cierto era que así, en tinieblas, no podían hacer nada. A la mañana siguiente, cuando la luz diurna iluminara la escena, quizá...

CAPITULO VII

¿QUE HAY EN LAS MONTAÑAS ?

Travers salió al exterior de Cosmópoüs I aspirando el puro aire casi con deleite. Echó una ojeada alrededor. Nada había cambiado. Las nubes, las lejanas montañas... Todo seguía igual que antes. Sin embargo, había «algo» en el ambiente que lo difería del de días anteriores. Quizá fuera lo sucedido, o quizá...

Se dirigió hacia los hangares, examinando los tractores y demás maquinaria. Como temía, el uranio que las alimentaba había desaparecido. Todo.

Quedó pensativo. Aquello pasaba ya del límite. Algo habría que hacer.

«Eso no puede continuar así», murmuró para sí.

Pero apenas hubo terminado de decirlo, se rió de él mismo. ¿Cuántas veces lo había pensado y dicho? Muchas, muchísimas. Pero ninguna vez había acertado a resolver el enigma, ¡Si por lo menos tuviera un asidero, algo a lo cual agarrarse!

«Si supiera de dónde provienen esos «monstruos-rana». Si supiera cuál es su origen...».

—¿Pensando?—murmuró una voz tras de él.

Travers afirmó con la cabeza. Timbler se adelantó hasta colocarse a su lado.

—Bien, tú eres el jefe colonizador. Tú dirás lo que hay que hacer.

Travers salió al exterior del hangar. Una vez allí, abarcó con sus brazos todo el horizonte. Casi cínico, murmuró:

—Empieza a labrar y sembrar toda esta extensión de tierra. ¿Puedes con tus solas fuerzas?

Timbler negó con la cabeza. Travers, amargo, prosiguió:

—He repasado todos los instrumentos mecano- agrícolas. Todos están secos, no tienen ni un miligramo de uranio en sus depósitos. ¿Sabes qué quiere decir eso?

—Sí. Parece como si todo el uranio existente en la colonia hubiera sido atraído por un inmenso aspirador.

—Cierto. Es tan raro eso, que incluso podríamos pensar en que se trataba de un efecto de la naturaleza... de no ser que no hay ninguna fuerza natural capaz de llevarse el uranio de la nave, cajas de seguridad incluidas.

Durante unos minutos permanecieron en silencio. Lentamente, uno después de otro, fueron apareciendo por allí los oficiales. Primero Mathews, después Hordnauser, Lombard... y finalmente Dragood. Todos, como de común acuerdo, se dirigían hacia los hangares, dispuestos a examinar los aparatos agrícolas. Y todos, sin excepción, hacían la misma pregunta: «¿hay uranio?»

Pasaron unos momentos sin que nadie hablara, cada uno sumido en sus pensamientos. Finalmente, Dragood murmuró:

—He estado pensando durante esa noche sobre el asunto de la desaparición del uranio... y creo he llegado a una conclusión lógica.

—¿Cuál?—preguntó Timbler, medio irónico y medio interesado.

—¿Recuerdan las circunstancias en que me recogieron del espacio ? Era un náufrago sideral. Mi nave había sido destruida por unos seres que robaron el uranio que contenía. «Todo el uranio», ¿comprenden?

Travers permaneció unos momentos pensativo, recapacitando sobre las palabras del capitán.

—Uranio robado...—murmuró.

—Cierto. ¿No encuentra relación entre ambas cosas?

—Sí, pero ¿cómo pueden desaparecer cantidades como las que había en los motores de las máquinas agrícolas?

—No lo sé. Lo que sí podría es lanzar la hipótesis de que los ladrones de uranio poseyeran algún aparato especial que lo

absorbiera, estuviese donde estuviese. Pero no es eso lo principal ahora sino, caso de ser cierta mi teoría, ¿quién lo robó?

Un silencio pesado se extendió por todos los reunidos. Dragood tenía razón. Basándose en la suposición de que el uranio había sido robado, ahora existía el problema básico. ¿Quién había sido el autor del hurto?

Travers miró a Timbler. Timbler miró a Hordnauser y éste a Dragood. El último se desentendió del asunto con un encogimiento de hombros. En realidad, nadie sabía cómo enfocar la cuestión. Sí, todo lo dicho estaba muy bien, pero ¿qué adelantaban?

—¡Miren!

Fue Mathews quien lanzó la exclamación. Señalaba el lugar donde empezaba la pradera, en dirección a las montañas. Todos miraron hacia allí, y un grito de sorpresa se escapó de todas las gargantas.

¡Porque, por la amplia llanura, avanzaba penosamente un hombre!

Pero ¿era un hombre? Travers empezó a dudarlo. Era una figura encorvada, vacilante, que avanzaba penosamente, casi arrastrándose. Se tambaleaba a cada paso, y todos temieron que no llegara hasta el lugar donde ellos estaban.

—Vamos hacia allá—murmuró Lombard—. Hay que ayudarle.

Avanzaron, acortando la distancia que los separaba de la vacilante figura. Cuanto más se acercaban, con más precisión podían observar los detalles. Sí, era un hombre, pero...

—¡Cielo santo!—exclamó Timbler—. ¡Es Bradley!

En efecto, era Bradley. O por lo menos, era suyo el uniforme que vestía, ennegrecido y requemado. Porque el resto...

Su cara no era más que un amasijo de carne arrugada, requemada, seca. Sus ojos, casi ciegos, brillaban en un humor sanguinolento, y sus cabellos estaban chamuscados de raíz, como si hubieran sido sometidos a un intenso calor. El resto de su cuerpo presentaba los mismos síntomas. Ropa casi destrozada, negra y acartonada, por cuyos intersticios se entreveía una piel negruzca, llena de purulentas ampollas.

La espantosa figura llegó frente a ellos y se detuvo. Con gran esfuerzo consiguió murmurar;

—Am...migos...

Y cayó de bruces, como un saco vacío.

Dragood fue el primero que se lanzó a su lado dispuesto a auxiliarle. Suavemente le dio media vuelta, colocándolo cara al cielo.

Inclinándose anhelante sobre él, murmuró:

—Bradley, ¿qué le ha sucedido? ¿De dónde viene?

El médico-biólogo hizo un supremo esfuerzo para hablar. Su mano, una mano que parecía pertenecer a una antigua momia por lo reseca y ennegrecida, se levantó lentamente y señaló temblorosa hacia las lejanas montañas.

—Allí... el infierno... en las montañas...

Y su mano cayó inerte. Durante unos segundos pareció que quería hablar, decir algo. Pero lo único que consiguió fue emitir algunos sonidos inarticulados, que terminaron en un ronco estertor.

—Ha muerto—anunció Dragood gravemente.

Todos inclinaron la cabeza. Travers, como sumido en hipnotismo, no podía apartar sus ojos del cadáver. Una voz murmuró, a sus espaldas:

—¡Dios mío! ¿Qué le habrá sucedido para que vuelva así?

Travers se acercó al cadáver, y se arrodilló.

Alguien, quizá el mismo que hablara antes, dijo:

—Ha dicho que venía del infierno... de las montañas. Ha venido a traernos el mensaje de los genios...

Travers hubiera querido levantarse y apostrofar al que acababa de pronunciar aquellas palabras, pero no podía. ¿Quién sabía si no tenía razón? incluso él, con toda su entereza, empezaba a ser invadido por las supersticiones. Todo aquello tenía tan poca lógica...

Pero no. Alguna explicación tendrían que tener todos aquellos misteriosos sucesos. Una explicación...

Con desesperación, observó el cuerpo caído ante él, buscando algún indicio, algo que le diera alguna explicación sobre lo ocurrido.

Y, cíe repente, la encontró. Se puso en pie de un salto, como impulsado por potentes muelles, y gritó:

—¡Dragood, apártese!

El aludido levantó la cabeza, sorprendido. Algo debió leer en los ojos de Tra-vers, pues se puso en pie y se apartó bruscamente.

—;.Qué sucede?

—Este hombre no viene del infierno—murmuró Travers lentamente —. Y creo que ahora empiezo a comprender gran parte de lo sucedido aquí.

Le miraron, incrédulos algunos, extrañados otros. Travers dio media vuelta, y murmuró:

—Regresemos a la ciudad. Necesito celebrar una conferencia con todos ustedes, con el fin de aclarar de una vez por todas éste maldito asunto.

* * *

En el despacho de Travers estaban reunidas las más significativas personas de la oficialidad.

Además del propio Travers, se encontraban allí Dragood, Timbler, Lombard, Hordnauser, Mathews y los hermanos Pacelli. Sentados en sendos sillones, sin poder ocultar el nerviosismo que los consumía, todos esperaban las palabras que iba a pronunciar el jefe colonizador.

—Rememoremos un poco los hechos sucedidos hasta ahora, con el fin de poder sacar después las conclusiones—principió éste—. Empecemos por el principio. Nos es encargada por el Departamento de Colonización la misión de desentrañar el misterio que aparentemente rodea el trece planeta. Partimos en una nave espacial con rumbo al mismo, y por el camino nos encontramos a dos náufragos espaciales, uno de los cuales es el capitán Dragood, el cual nos informa que su nave ha sido atacada por unos seres que a su parecer no son humanos, los cuales se apoderan de todo el uranio, habiendo hecho va antes diversas incursiones y hurtos con el mismo fin.

«Llegamos aquí. Durante la primera exploración. Nuestra nave falla inexplica-blemente, y en las dos noches que nos vemos obligados a permanecer aquí, un «monstruo-rana» se aparece a uno de los soldados de guardia, y observamos por primera vez sus pisadas.

«Empieza la verdadera colonización. Los colonos se instalan, se alza la ciudad, y durante todo este tiempo nada anormal sucede. Pero de pronto, yo mismo descubro las mismas huellas del «monstruo-rana» en el lindero del bosque colindante a las montañas. En el mismo día, el monstruo se aparece a varias personas, y hace desaparecer a una de ellas, «por haberse permitido dudar de él».

«A la noche, cuando está reunida toda la colonia, se aparece de nuevo, y hace desaparecer esta vez a Bradley. Todo el mundo puede oir sus palabras, y el pánico cunde. Sin embargo, a la mañana siguiente nada anormal sucede. Parece que ya todo se ha normalizado, pero por la noche, inexplicablemente, todo el uranio de la colonia desaparece, incluso el que había en la nave. Y hoy, como para rubricar todo lo sucedido, aparece de nuevo Bradley en lastimosísimo estado, diciendo que viene del infierno.

Un silencio siguió a estas palabras. Travers permaneció unos momentos observando a los demás, antes de proseguir.

—Ahora, dejando aparte todo lo concerniente a espíritus, fantasmas

y supersticiones, vamos a examinar fríamente los hechos. ¿Hay alguna explicación lógica a todo esto?

Silencio. Nadie sabía hallar el quid de la cuestión. ¿Cómo podría explicarse, lo al parecer inexplicable?

—Yo puedo hacerlo—dijo Travers—. Si hasta ahora hemos examinado los hechos bajo nuestro punto de vista, ahora vamos a hacerlo al revés, o sea, bajo el punto de vista de «ellos», de los «monstruos-rana».

«Supongamos que los «monstruos-rana» no son más que seres pertenecientes a una raza que habita el espació, concretamente, este planeta. Necesitan uranio, no sabemos pera que fin, pero lo necesitan. Saben que en la Tierra existe, y deciden que el mejor medio de conseguirlo es robándolo. Atacan naves en ruta, asaltan los almacenes de depósito en Plutón, y lentamente van reuniendo la cantidad precisa. Naturalmente, el punto de origen es éste mismo planeta.

«Pero he aquí que de repente se presentan en él algunos exploradores, dispues-tos a examinar sus condiciones de habitabilidad. Los «monstruos-rana», temerosos de que su refugio sea descubierto, deciden asustarlos. Les basta tan solo causar algunos accidentes, procurando que aparezcan del modo más inverosímil posible. Y lo consiguen. En la Tierra se forma una opinión contraria a la colonización de este planeta, que les hace lanzar suspiros de alivio.

«Más pronto renace la intranquilidad. A pesar de todo, una colonización en pequeña escala va a realizarse. Si sigue adelante, su escondite de uranio se descubrirá. ¿Cuál es la solución para evitarlo? Procurar que se repitan los accidentes que le dieron mala fama, con el fin de que se abandone la colonización. Apariciones fantasmagóricas, sin explicación aparente... Un buen golpe de efecto es hacer desaparecer a un colono en presencia de otros dos. Y finalmente, la apoteo- sis: hacer desaparecer a Bradley en presencia de toda la colonia. A partir de entonces, puede decirse que el éxito está asegurado. El robo del uranio, que pasa a engrosar sus existencias no es más que el tiro de gracia. Ahora...—paseó la mirada alrededor—, ahora solo les queda esperar.

Pasaron varios segundos, en los que cada cual meditó las palabras acabadas de oír. Al fin Timbler argüyó:

—Todo esto está muy bien, pero, en el caso de que todo sea cierto,_ ¿no les hubiera sido más fácil a estos hipotéticos «monstruos-rana» destruirnos? No les hubiera costado nada...

—No—negó Travers—, Si hubiéramos hecho esto, en la Tierra hubieran sospechado que había algo más que simple superstición, y hubieran investigado. En cambio, si nosotros regresábamos por

nuestra voluntad, nada ni nadie podrá hacer volver a alguien a este planeta. Esos seres «hipotéticos», como los llamas tú, confiaban con que nosotros enviáramos un radio a la Tierra con la petición de que vinieran a recogernos, y así ellos quedarían libres de nuestra molesta presencia.

—¿Y Bradley?—preguntó Mathews.

—Bradley fue hecho prisionero por ellos. No sé lo que ocurrió, ni creo que nadie pueda saberlo, salvo él mismo. Seguramente quiso escapar, y se metió en el lugar donde los «monstruos- rana» tenían almacenado todo el uranio. ¡Porque Bradley presenta inconfundibles muestras de radiactividad en las causas de su muerte!

«Eso fue lo que me dio la clave de todo el enigma. Bradley, al decir que venía del infierno, quiso darnos a entender que venía de un lugar infernal, como lo puede ser un depósito de uranio. Y, quizá inintencionadamente, nos dio la situación del lugar donde está este depósito. ¡En las montañas!

* * *

Travers anduvo pesadamente por el corredor que conducía a su despacho. Durante toda aquella tarde, ni él ni ninguno de los oficiales supo lo que era el descanso.

Aquella mañana, y tras larga y alterada discusión, se había llegado a un acuerdo. Fuese como fuese, «algo» había en las montañas que no era natural. Y si querían resolver de una vez por todas el misterio, lo único factible era ir allí y averiguar lo que fuese.

A tal fin, se había dispuesto de un tractor oruga, adaptando su motor atómico a otro eléctrico accionado por pilas. Durante toda la tarde habían trabajado en ello, adaptándole también varias ametralladoras pesadas, así como otras ligeras. A la mañana siguiente, Travers y todos los oficiales que desearan acompañarle emprenderían el camino hacia las montañas. Y de lo que allí encontraran dependía el futuro de la colonia.

A última hora, Travers se había puesto en comunicación con aquélla en peso por medio de los grandes altavoces eléctricos, ordenando que no salieran de sus respectivos apartamentos bajo ningún pretexto, hasta orden en contra. Por eso, le extrañó ver entre las tinieblas una sombra que parecía aguardarle en la puerta de su despacho.

—¡Hola!

Travers no contestó. Acababa de adivinar en la voz y en la figura del visitante a Silvia. Llegó frente a su despacho y, apagando la

linterna, abrió la puerta. Una vez dentro, colocó la luz de modo que iluminara tenuemente la estancia, e inquirió:

—¿Qué deseas?

Lo dijo más por decir que por indagar las ya conocidas causas de la presencia allí de la muchacha. Esta contestó:

—Nada. Estar unos momentos aquí, hablar... La vida de la colonia se ha vuelto muy aburrida. Todo el mundo permanece encerrado en sus apartamentos, como ratas asustadas... ¿Ha sucedido algo hoy, Greg?

Fue a sentarse en un sillón, y Travers la imitó, ¿Le contaría todo lo referente a Bradley? ¿La decisión de ir a averiguar lo que había en las montañas? No, era mejor no contarle nada. Si lo hiciera, tan solo lograría preocuparla.

—Por favor, Silvia—rogó—. No hablemos de lo ocurrido estos días. No quiero acordarme para nada de ello, por lo menos ahora. ¿Lo harás?

—Bueno...

Transcurrieron unos minutos de completo silencio. Al cabo de un rato, la muchacha preguntó:

—¿Cuándo terminará todo esto, Greg?

—No lo sé, Silvia. Pero estoy deseando que todo termine cuanto antes...

Se interrumpió. No quería hablar de aquello, pero... ¿de qué, sino? Todos los caminos de conversación que tomaran convergerían en el mismo punto. No podían escaparse de ello. Era como un círculo vicioso; siempre lo mismo...

—¡Hola!

Travers se envaró. No había sido Silvia la que había hablado. Ni él. Había sido una voz cavernosa, sonando dentro de la estancia, cerca de la puerta. ¡Una voz cavernosa!

Volvió la vista hacia la puerta, y se quedó petrificado de estupor. Silvia, a su lado, no pudo contener un grito. ¡Frente a ellos tenían a un «monstruo-rana»!

Estaba inmóvil frente a la puerta, y su boca de rana estaba abierta en algo que podía ser una sonrisa. Mecánicamente, Travers miró a sus pies. Se movían rítmicamente, adelante y atrás, sin que para ello se moviera el resto de su cuerpo. ¡Sí, los que lo habían visto tenían razón! ¡Bailaba!

Tragó saliva. Con voz baja, murmuró a Silvia:

—Colócate detrás de mí. Voy a ver si ese «genio» es invulnerable a las balas.

—¡Grey!—exclamó la muchacha, temerosa—. ¡No lo hagas!

Pero Travers ya se había levantado, y su mano se dirigió hacia la pistolera, Silvia no tuvo más remedio que colocarse detrás de él. Y lentamente, Travers fue sacando la pistola de la funda.

¡Y entonces, el monstruo volvió a hablar!

—No se canse. Gregory Travers, capitán jefe Explorador de esta colonia. No intente disparar contra mí. o me veré obligado a castigarle como a los otros.

Travers se sorprendió al oírse llamar por su nombre y graduación. ¡Ninguna criatura podía saberlo, a menos que fuera realmente un genio!

«Cálmate, Gregory—murmuró para sí mismo—No te dejes llevar por los nervios. Estás convencido de que este monstruo es un ser real. ¡Ha de serlo!»

La pistola ya estaba fuera de la funda. Lentamente, apuntó hacia el monstruo, y su mano se curvó sobre el gatillo.

El monstruo dejó repentinamente de bailar.

Avanzó dos pasos, quedando después completamente inmóvil. Travers retroce-dió también dos pasos y, haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, apretó el gatillo.

La pistola que empuñaba estaba cargada por balas explosivas, cuya carga estallaba al encontrar algún obstáculo en su camino. Un fogonazo rojo surgió del arma, enfilando hacia la cabeza de! monstruo. ¡Y, pasando a través de ella, fue a estallar contra la puerta!

Un ancho boquete se abrió instantáneamente en la hoja de madera plástica. ¡Y el monstruo continuó en pie, sin sufrir ningún daño!

—Te lo advertí—habló éste—. Tú has sido el tercero que has osado levantar tu mano contra el genio, y por lo tanto...

Avanzó, levantando el brazo. Silvia, detrás de Travers, lanzó un agudo grito. Y éste, sintiendo que una bola se le formaba en la boca del estómago, apretó nuevamente el gatillo.

No supo cuántas veces disparó. Del arma salieron una sucesión continuada de fogonazos, y la puerta quedó totalmente destrozada, ¡Pero el monstruo, impertérrito, siguió avanzando con la mano extendida!

Y, tal como había sucedido con Bradley, la mano se hundió en el cuerno del jefe colonizador.

Travers sintió como si un hierro candente le atravesara el pecho, a la par que una extraña semi-inconsciencia le invadía, Aún, antes de caer en una, completa pérdida de los sentidos, sintió cómo Silvia lanzaba a sus espaldas un agudo chillido de terror.

Después, nada.

Cuando Timbler, Dragood y los demás oficiales, alarmados por los gritos y los disparos, llegaron al despacho, no pudieron encontrar nada. El cuarto estaba completamente vacío.

CAPITULO VIII

LA GUARIDA DEL ENEMIGO

Travers despertó como si hiciera mucho que permanecía inconsciente. Primero, solamente pudo distinguir a su alrededor como un torbellino que giraba vertiginosamente tratando de engullirle. Después, el torbellino fue decreciendo en intensidad, hasta que se paró, dejando ver su contorno.

Se levantó pesadamente. ¿Dónde estaba? A su alrededor, tan solo podía divisar una masa gris, plomiza, sin ninguna quebradura, sin ningún ángulo. Una masa redondeada, lisa.

Un gemido a su lado le sacó de su inmovilidad. ¡Silvia! Estaba también allí, tendida en lo que se podría llamar suelo. En aquellos momentos abría los ojos, y su primera reacción fue dirigir una temerosa mirada alrededor. Al ver a Travers, lanzó un suspiro.

—¿Dónde estamos?

Este hizo un gesto vago.

—Me gustaría saberlo, Silvia. Parece como si estuviéramos dentro de alguna bola, en la que no hubiera ninguna abertura, nada...

Silvia asintió, poniéndose de pie.

—¿Qué nos ha sucedido, Greg? Lo único que recuerdo es que vi al monstruo avanzar hacia ti y ensartarte con un brazo. Y después se volvió hacia mí y... ¡oh, que horror!

—Vamos, Silvia, tranquilízate. No sé qué nos ha sucedido ni dónde estamos, pero...

—¿Qué?

—¿No comprendes, Silvia? Ahora nos encontramos en la propia guarida de los «monstruos- rana». ¡Estamos en el infierno, como lo calificó Bradley!

—¿ Bradley ?

Travers se mordió los labios. Olvidaba que Silvia nada sabía del regreso del médico-biólogo, ni de su muerte.

—Sería muy largo de contar ahora, Silvia. Lo mejor es que no perdamos tiempo y miremos de hallar algún lugar por donde escapar de aquí.

Pero pronto tuvieron que desechar toda esperanza. Se encontraban en el interior de una esfera al parecer de plomo, sin más ranura ni orificio que un pequeño redondel negro en la parte superior, inalcanzable para ninguno de los dos. Además, por allí no podían haber sido introducidos.

Desalentado, volvió al lado de la muchacha.

—Es inútil. No hay ninguna ranura practicable.

—Ni impracticable.

Travers se volvió en redondo. Al igual que en su habitación, un «monstruo-rana» había aparecido súbitamente, de la nada. Con su voz cavernosa característica, siguió hablando.

—No os canséis buscando una salida que no existe. Os encontráis en el interior de una esfera sin ninguna abertura. Tan solo un pequeño orificio, que comunica con un conducto por el que pasa el aire que respiráis y la luz que os alumbra. Nada más.

Travers se quedó perplejo. Hasta entonces, todo le había parecido anormal, fuera de toda lógica, pero aquello superaba todo lo anterior. Si se encontraban en el interior de una esfera sin ningún acceso al exterior, ¿cómo habían entrado?

—Eso es algo que no estoy autorizado a deciros—replicó el monstruo a su pregunta—. De todos modos, he de advertiros que no intentéis violar vuestro encierro para escaparos. Os encontráis en el centro de un gran depósito de uranio, y solamente el plomo de esta esfera os protege de sus radiaciones. Acordaos del otro terrestre. Quiso escapar y...

Y sin concluir la frase, desapareció.

Travers, impulsivamente, se lanzó hacia el sitio donde había estado momentos antes el «monstruo-rana», sin otro resultado que dar de bruces contra el suelo. Nada había en el lugar donde, antes existiera aquella imagen. Tan solo aire.

—Permaneció tendido en el suelo, desalentado. Estaban en el cubil del enemigo, cierto, pero ¿de qué Íes servía? Prisioneros en una cárcel sin entradas, situada en el centro de una gran masa de uranio puro...

Su mente empezó a cavilar sobre el «cómo» de las apariciones *y* desapariciones del «monstruo-rana». Inconscientemente, lo relacionó con su incomprensible encierro. Los monstruos podían atravesar las paredes de plomo de la esfera, apareciendo en el interior. ¿Por qué no podían haberío hecho ellos?

Se dio una palmada en la frente. ¡Claro, esto era! ¿Cómo había sido tan estúpido de no adivinarlo? En la Tierra se había hablado mucho sobre la posibilidad de la teleportación. Los escritores de fantasía científica de otros tiempos habían usado en sus relatos este medio de transporte, por el cual una persona podía trasladarse a cualquier sitio atravesando todos los obstáculos que se le presentaran en medio. La disgregación de los átomos del cuerpo era el método más seguro, y he aquí el porqué de la transparencia de los «monstruos-vana». Casi inconscientemente, él, Gregory Travers, había dado con el principal misterio que tenía aterrorizada a la colonia: las repentinas apariciones.

«Recapacitemos un poco—pensó—. Supongamos que los «monstruos-rana» tienen su cabina de teleportación en algún lugar, seguramente la cabina de mandos. Un monstruo se introduce en ella, y otro acciona la palanca que transporta la cabina y el monstruo que en ella está a determinado lugar. El monstruo se aparece allí, pero como que ha de tener el regreso asegurado, la reintegración de los átomos de su cuerpo, disgregados durante el viaje, no es completa. Así, tenemos ya la aparición y la transparencia resueltas. Cuando el monstruo desee regresar, hace una señal preconcebida, y el que manipula los mandos del teleportador lo devuelve a su origen.»

Pero ahora se presenta lo más difícil. ¿Cómo lograron llevarse al colono y a Bradley, y cómo nos han llevado a nosotros?»

Permaneció pensando durante unos minutos, concentrándose en el

encerebrador problema. ¿Cómo lo habían logrado? Tan solo habían alargado el brazo, haciéndolo entrar en contacto con el cuerpo del otro…

¡Claro, eso era! Bastaba tan solo el contacto entre los dos cuerpos para que uno atrajera al otro, pasando así este último a la condición del primero, pero a la inversa.

¡Y, de ser así, ahora ya sabía el método para salir de aquella cárcel esférica!

—Greg—murmuró Silvia a su lado—. ¿Qué te sucede?

Travers se volvió hacia ella, casi sonriente. Abrió la boca para comunicarle los descubrimientos que había hecho… y la volvió a cerrar instantáneamente. Recordó que el monstruo se les había aparecido hacía poco, como si hubiera oído su conversación. ¡Lo cual quería decir que poseían un micrófono o un televisor por el que podían observarles desde el exterior.

—Querida—-murmuró, acercándose a la muchacha-—. Te quiero.

Y se inclinó sobre ella besándola.

Si desde fuera alguien los contemplaba, pensaría que el beso era mucho más largo de lo normal. Tero no se daría cuenta de que mientras éste duraba, Travers iba deslizando a los oídos de la muchacha unas casi inaudibles palabras, con las que le comunicaba lo que pensaba hacer, y de cuyo éxito o fracaso dependería su futuro.

Poco después, Travers se separaba de Silvia, sentándose en el suelo. Así, pasaron varias horas, sin que ninguna palabra se cruzara entre los dos. Mentalmente, Travers iba redondeando el plan formado, mientras esperaba con más impaciencia de lo normal a que de nuevo se presentara allí el «monstruo-rana». Tuvo incluso tentaciones de llamarle, pero se contuvo, comprendiendo que el hacer esto sería descubrirse. Y así, con impaciencia, fue transcurriendo el tiempo.

Al fin, tras varias horas de espera, el «monstruo-rana» volvió a materializarse de repente. Esta vez llevaba en la mano algo parecido a un plato, que depositó en el suelo, sin ninguna palabra. Entonces pudo ver Travers lo que contenía. Era como una especie de pulpa de un color rojizo, muy semejante a carne triturada. El «monstruo-rana» explicó:

—Es carne de lo que vosotros llamáis canguro. Es buena para vuestros organismos. Comedla.

Travers comprendió que, una vez dichas aquellas palabras, el monstruo desaparecería de nuevo. Debía actuar.

Como desperezándose, se puso en pie. Levantó algo el brazo y,

cuando el monstruo empezaba a desaparecer, gritó:

—¡Hasta pronto, Silvia!

Y se lanzó. Con el brazo rígido, hacia delante, avanzó hacia el monstruo, hundiéndoselo en su cuerpo hasta el hombro.

Y lo que esperaba sucedió.

Fue solo un vértigo pasajero, y todo cambió alrededor. Sé encontró de repente en el interior de un cilindro de metal desconocido, junto con el «monstruo-rana», que parecía sorprendido de hallarle allí. Todo seguiría como antes, de no ser por una ligera variante en los dos.

Ahora, el monstruo no era transparente, no podía verse nada a su través. ¡Pero él sí lo era!

Una puertecilla en el cilindro se abrió, y un monstruo en todo idéntico al anterior apareció por ella. Quedóse sorprendido al ver a Travers, pero pronto pareció reaccionar. Penetró resueltamente en el cilindro, y Travers aprovechó la circunstancia. Sabía que ahora él, al igual que antes los monstruos, tenía el don de la inmaterialidad. En un salto de acróbata, pasó a través del cuerpo del monstruo y salió rápidamente por la puerta.

¡Y entonces, su transparencia desapareció!

Por unos momentos, se sorprendió. Pero solo tardó unos segundos en compren-der lo que había sucedido. Sus átomos estaban disgregados mientras permanecía dentro del límite de acción del teleportador, pero volvía a unirse cuando salía de él. Aprovechando su aventajada situación, se volvió rápidamente y cerró la puerta tras de sí, dejando encerrados a los dos hombres. Después, examinó el lugar donde se hallaba.

Era una pequeña cabina cuadrada, cuyos únicos instrumentos eran el cilindro en cuestión, un gran panel de mandos, y una regular pantalla muy semejante a la de televisión. En aquellos momentos ésta estaba encendida, y por ella pudo ver el interior de la bola de plomo de la que acababa de salir, y en ella a Silvia.

¡Sus deducciones habían sido certeras!

Por unos momentos estuvo tentado de volver a abrir la puerta del cilindro y ordenar a uno de los monstruos que fuera a recoger a la muchacha y la trajera allí, pero lo pensó mejor y desistió de aquel propósito. Por ahora, Silvia estaba segura allí. Sería preferible, antes de tomar una determinación, echar una ojeada alrededor.

En la pequeña habitación habían tres puertas Travers escogió una al azar, y la abrió.

Se encontró en el umbral de una habitación amplia, espaciosa. Al fondo, ocupando casi todo un paño de pared, había una gran carta celeste, con indicación de gran cantidad de planetas y estrellas, al lado de cada cual existían unos extraños signos que Travers no pudo descifrar. Debajo mismo de la carta, una mesa de despacho de raras y atrevidas formas ofrecía su imponente aspecto en la desnuda habitación. ¡Y sentado frente a esta mesa, e inclinado sobre ella, un «monstruo-rana» parecía leer algo que escapaba de la vista de Travers!

Sin levantar la vista, el monstruo murmuró algunos gorjeos ininteligibles para Travers, sin duda dirigidos al monstruo que suponía había penetrado en la habitación. Al no recibir respuesta, levantó los ojos hacia Travers, con expresión sorprendida. Travers comprendió que algo iba a pasar. ¡Y él no tenía ningún arma!

Al verle el monstruo se puso de pie. Y. contra lo que Travers esperaba, se limitó a murmurar:

—Acércate, ser de la Tierra...

Vacilante, Travers avanzó unos pasos. El monstruo no ofrecía ninguna muestra de animosidad contra él, pero en el cinto de su traje llevaba algo semejante a una funda que debía contener un arma.

—No temas—dijo el monstruo, como si hubiera adivinado los pensamientos de Travers—. No deseo hacerte ningún daño.

El capitán colonizador llegó casi frente al monstruo. Solamente los separaba la gran mesa de despacho. Casi maquinalmente, Travers bajó la vista bacía lo que el monstruo leía...

¡Era un periódico de la Tierra!

—Siéntate, terrestre—invitó el monstruo.

Travers observó hacia atrás, receloso. Una especie de sillón, algo semejante a los terrestres, estaba a su espalda. Con precaución, fue apoyando su cuerpo en él hasta que, notando que nada había que le pudiera hacer sospechar una trampa, se sentó más cómodamente.

El monstruo hizo lo propio en otro sillón al otro lado de la mesa, y juntó sus palmípedas manos en un gesto típico terrestre.

—¿Quién eres?—preguntó Travers.

—El jefe de este pueblo que vosotros llamáis de «monstruos-rana», y cuyo nombre es Wurzi.

Travers enarcó las cejas. ¿Wurzi? Nunca había oído nombrar aquella palabra.

—¿De dónde venís?—inquirió—. ¿Quiénes sois? ¿Qué pretendéis?

El personaje sonrió, o al menos esto le pareció a Travers.

Desuniendo sus manos, dijo:

—Es una historia un poco larga de contar, y todavía más larga de comprender. Sin embargo, creo que mi obligación es contártela...

Y casi sin transición, empezó a hablar...

CAPITULO IX

EL MISTERIO DESENTRAÑADO

Los wurzis eran una raza muy vieja. Tan vieja, que los principios de su historia se perdían en los remotos pasados del trece planeta. Al principio, cuando la raza era fuerte y poderosa, el planeta en que habitaban era muy diferente de como estaba en la actualidad. Por aquel entonces, en él existían gran cantidad de árboles y plantas de numerosísimas especies, muy semejantes a las que existían en la Tierra; los wurzis se parecían en todo a los humanos. Altos, musculosos, esbeltos, de piel blanca y nacarada, eran la verdadera perfección de la raza. No tenían pies ni manos palmeadas, y su rostro era en todo igual al de los hombres.

Más, cuando la raza estaba en su apogeo, cuando los wurzis se preparaban para dar el gran salto en el espacio, un cometa de grandes proporciones pasó por las inmediaciones del sistema, produciendo grandes alteraciones en todos los mundos del mismo. El que habitaban sufrió también un gran cataclismo. Las nubes, hasta entonces fijas en el cielo perdieron su estabilidad, dejando caer toda el agua que

contenían en su seno hacía el suelo.

Aquello fue un verdadero diluvio. Todas las tierras quedaron cubiertas por las aguas, excepto una pequeña porción en la que solamente se pudieron instalar algunas familias wurzis, escapando así de la catástrofe. Todos los demás perecieron en la inundación.

Aquellos fueron tiempos terribles. Los pocos wurzis que quedaron con vida del cataclismo, solo un centenar, dieron pronto cuenta de los pocos alimentos que hubieron sobrevivido en aquella porción de terreno. Y entonces, tuvieron que ir a buscarlos en las inmediaciones, en lugares sumergidos por el agua. En continuos buceos, fueron sacando lo que necesitaban para vivir. Algas, líquenes, otras plantas subacuáticas, y Lo que era más importante, azadas y demás instrumentos agrícolas que empezaban a ser enterrados por el Limo que se iba acumulando en el fondo de las aguas.

Pero nadie sabía ni siquiera sospechaba que el paso del cometa había ocasionado otros cataclismos que no eran las inundaciones. En el interior del planeta, una gran masa radiactiva había estallado, contaminando con su peligrosa radiactividad toda el agua. Y los wurzis, sin darse cuenta, fueron recibiéndola.

La radiactividad hizo sus efectos sobre las personas, transformándolas en algo así copio unes monstruos, según su anterior concepción de la vida. Lentamente, siguiendo la evolución de la especie, ésta fue adaptándose al medio ambiente. Les nacieron membranas en manos y pies, convirtiéndolos en seres palmímedos, con el fin de poder nadar con más libertad bajo el agua. Además, adoptaron un nuevo sistema respiratorio especial, pues la transpiración se efectuaba por los poros de la piel, lo que les permitía vivir largo tiempo sumergidos, sacando del agua el oxígeno necesario para sus pulmones.

Pero esto, en vez de constituir una ventaja para ellos, no fue más que un suplicio. Continuamente miraban hacia atrás en su historia, y se veían convertidos en unos monstruos, en algo que les causaba repugnancia a sí mismos. Lentamente, se habían ido adaptando a la radiactividad, convirtiéndola en algo necesario para su vida. Y esto les llenaba de intranquilidad, pues sabían que ésta no sería perenne, y llegaría el día en que desapareciera. Y entonces...

Lentamente, la evolución del planeta fue continuando, y todo volvió a sus cauces normales. El agua se fue evaporando, yéndose en su totalidad de nuevo hacia las nubes, y lentamente la tierra fue ganando espacio al mar, hasta que volvió a ocupar todo el planeta,

Y entonces, lo temido sucedió. ¡El agua, al volver a las nubes, quedó ya liberada de la radiactividad que la empapaba!

Aquello marcó una nueva y dolorosa etapa en la vida de aquella humanidad. Los científicos del pueblo opinaron que quizá en el subsuelo, bajo tierra, encontraran la radiactividad que aquí les faltaba. Se hicieron grandes orificios en diversas partes del planeta, y los wurzis se convirtieron en habitantes subterrá-neos. Cada pozo donde se encontraban signos de radiactividad, se convertía en una ciudad. Y por todo el planeta se extendieron los grandes orificios.

Pero aquello no era ninguna solución. La radiactividad eliminada incluso del subsuelo, y aquello, si no podía remediarse, marcaría el fin de sus existencias. ¡Había que hacer algo!

La única solución era encontrar elementos que les dieran la radiactividad necesaria para vivir, o hallar algún nuevo planeta donde poder trasladarse. Se prepararon varias astronaves, dispuestas a hallar lo pedido. Y pronto regresó una con la fausta nueva. ¡Lejos de su sistema, existía otro, en el que había uno habitado que disponía de abundancia de elementos radiactivos! ¡Allí estaba la solución!

El patriarca del pueblo wurzi embarcó en una nave, y con algunos de sus científicos emprendió el viaje hacia aquel sistema. Antes de aterrizar en el planeta descubierto, examinaron desde el aire sus características más esenciales, escuchando las diversas emisoras que allí emitían sus ondas. Su proyecto era descender allí, para solicitar de su máximo gobierno el elemento que era vital para ellos: el uranio.

Pero pronto sus esperanzas se esfumaron. Por medio de la radio conocieron dos cosas que les enfriaron el ánimo. Primero, el uranio, mineral que ellos necesitaban, era casi insuficiente para los múltiples usos a que lo destinaban en aquel planeta. Segundo, los habitantes del mismo tenían un gran defecto: eran egoístas. Después de examinar detenidamente a las personas que lo gobernaban, llegaron a una conclusión: aunque pidieran les concediesen parte del uranio de que disponían, aquéllos se lo negarían.

Sin siquiera descender en el planeta, la astronave wurzi emprendió el camino hacia su sistema. Todas las esperanzas se habían esfumado. ¡La raza wurzi estaba perdida sin remisión!

Pero los wurzis no eran seres que se resignaran tristemente a sil suerte. Si no podían obtener el uranio por métodos legales, usarían los ilegales. El fin a que sería designado permitía usar todos los medios para obtenerlo.

Poco después, los wurzis empezaban a realizar su «recogida» de uranio. Algunas veces en las bases de Plutón, donde estaba almacenado, otras veces en astronaves en camino, los wurzis fueron acumulando la cantidad que necesitaban. Siempre procedían del mismo modo. El teleportador los conducía al lugar deseado, donde se

apropiaban del uranio. Si era en los almacenes plutonianos, bastaba tan solo atontar a los guardias. Si era en una nave, se veían obligados a destruirla para que no los siguiera. De todos modos, nunca habían cometido ningún asesinato. Era inútil causar muertes. Lo que les interesaba era el uranio, no la vida de unos cuantos hombres.

Y así, los almacenes del trece planeta fueron llenándose lentamente, hasta llegar a cubrir casi la cantidad que necesitaban. Y entonces...

* * *

El «monstruo-rana» se interrumpió en su relato, observando a Travers. Este permanecía sentado en el sillón, pensativo. Todo lo que había dicho el wurzi estaba muy bien, pero ¿para qué se lo contaba ahora? Si aquellos seres tenían la intención de hacer desalojar del trece planeta a los terrestres usando para ello el terror, ¿para qué le contaban eso a él? Quizá fuera...

No. no debía pensar en que intentaran matarle. Según había dicho el propio wurzi, ellos no querían causar muertes. Pero ¿y Bradley?

Dejó de calentarse la cabeza, porque el «monstruo-rana» (¿podía calificársele de monstruo «ahora»? Travers tuvo que reconocer que no), volvía a reanudar su relato.

—Nosotros fuimos los primeros sorprendidos —continuó el wurzi— al ver cómo una nave terrestre se posaba en nuestro planeta. Por unos momentos temimos que hubieran descubierto nuestro secreto, pero pronto nos tranquilizamos. Solo querían examinarlo para saber sus condiciones de habitabilidad, y fundar en todo caso una colonia. ¡Y sus condiciones de habitabilidad eran óptimas para los terrestres!

«Nos atemorizamos. Había que evitar que se colonizara este planeta, o estaríamos perdidos. Conocíamos ya la soberbia de los terrestres, creyéndose los amos de la Creación, y sabíamos qué no atenderían a razones. La única solución era obligarles a que no volvieran. Y nosotros conocíamos un medio: el temor a lo desconocido.

«De nuestro estudio de la naturaleza terrestre sacamos una gran enseñanza: los terrícolas tenían un saludable respeto a todo lo que para ellos fuera desconocido. Cualquier cosa que fuera inexplicable era considerada como sobrenatural, como «misterio». Y siempre, los terrestres habían demostrado miedo a lo sobrenatural.

«Esta fue nuestra mejor arma. Bastó tan solo dar a los hechos una apariencia sobrenatural, para que se formara una opinión contraria a la colonización de este planeta, que era en resumen lo que nosotros perseguíamos. Creímos logrado nues-tro propósito, y nos pusimos a

trabajar, preparando la «bomba» que provocaría la reacción en cadena de la atmósfera del planeta. Ya lo teníamos preparado, cuando...

—Vinimos nosotros—completó Travers, casi sin darse cuenta de lo que decía.

—Exacto. Creímos al principio que solo sería una nueva patrulla de investí-gación, pero pronto nos convencimos de lo contrario. La ciudad de Cosmópolis 1 fue levantada, y vosotros os instalasteis en ella. Y entonces comprendimos que lo único que podíamos hacer era seguir con la farsa de la «maldición» del planeta, esperando así que se asustaran y se fueran. Y aquí residió nuestra principal equivocación.

—¿Por qué?—murmuró Travers.

—Porque pasamos por alto uno de los peores defectos (o virtudes) de los terres-tres: su tesón. No supimos comprender que cuanto más difícil fuera el problema, más empeño hallarían en resolverlo. Este fue nuestro principal error, y por él hemos perdido una batalla que podíamos haber ganado.

Travers levantó la cabeza. ¿Perdido? Pero...

—Sí, comprendo lo que piensa—cortó el wurzi las palabras que iban a salir de la boca de Travers—. Ustedes hubieran procedido de distinta manera. Quizá hubieran provocado la reacción en cadena a pesar de todo, o hubieran amenazado con provocarla si no se iban del planeta. Hubiera sido algo propio de ustedes. Pero nosotros no podemos hacerlo.

—¿Por qué?

-—Porque somos seres civilizados. Sí—cortó de nuevo a Travers—, civilizados. Ustedes no lo son aunque se crean serlo. Apenas han principiado su historia, y tienen todavía que extirpar muchos defectos antes de empezar a civilizarse verdaderamente. Este es uno de ellos.

—Pero—interrumpió Travers—. Eso de no hacer nada, dejando que lentamente la radiactividad se agote, mientras...

—Al principio de su corta historia—cortó el wurzi antes de que Travers conclu-yera su frase—, los hombres se mataban entre sí por el solo placer de matar. Ahora no lo hacen. ¿ Quién les dice que en el futuro no considerarán como una imposibilidad lo que ahora encuentran natura! y lógico?

Travers calló. Empezaba a sentir admiración hacia aquellos seres por los que antes solamente sentía odio. Los wurzis, desde un plano superior de civilización, habían considerado a los hombres en general como niños, y como tales los habían tratado, instigándoles por medio del miedo. Más, a pesar de ser niños, ya tenían edad y experiencia suficiente. Y eso había dado al traste con todos sus planes.

—Sin embargo—arguyó—, pudieran haber comunicado al principio con el gobierno terrestre, planteando su problema. Hay muchos mundos en el espacio para colonizar, y nosotros...

—No. Una de las cosas que más caracterizan a los terrestres, causa también de su juventud como raza, es su egolatrismo. Los terrestres, como toda raza joven, han de procurar por su supervivencia, y para ellos esto es lo único que cuenta. Quizá, tras largas deliberaciones hubieran aceptado el abandonar este planeta, pero... no era una solución segura,

—Y ahora...

—Ahora no nos quedará otro remedio que hacerlo. Hemos agotado todas nuestras posibilidades, sin conseguir nada. Suplicaremos al gobierno de la Tierra retire la colonización de este planeta. Lo intentaremos, al menos.

Aquellas palabras, llenas de un espíritu de verdad y de una ingenuidad que no conocía, turbaron a Travers. Aquellos seres, los wurzis como ellos mismos se llamaban, habían sido una raza desdichada, pero a pesar de todo no habían abandonado aquella bondad y aquellos sentimientos de verdad y justicia que eran desconocidos para los terrestres. Y se sintió ruin, tremendamente ruin ante ellos.

Recordó las palabras de Dragood el día que lo recogieron en el espacio. Siempre habían evitado producir víctimas. Lo demostraba muy bien el que, ante el dilema de conseguir sus propósitos, teniendo para ello que sacrificar cinco mil vidas humanas, o hacer lo contrario, habían optado por la segunda solución. Existía el caso de Bradley, que parecía demostrar lo contrario, pero el propio monstruo que se apareció a Silvia y a él en el interior de la bola metálica en que estaban confinados había aclarado aquello. Bradley había intentado escapar, encontrándose con la sorpresa inesperada del uranio, que le habla producido la muerte. No era por tanto culpa de los wurzis su muerte...

Asimismo, su propio caso. Cuando todavía los wurzis tenían esperanzas de lograr sus propósitos por medio del miedo, había comprendido que él podía estorbarles en sus propósitos, y se limitaron a apartarlo momentáneamente de] lugar donde podía entorpecer sus movimientos. Y sin embargo, cuando escapó de la bola metálica y se presentó en el despacho del jefe de los wurzis; cuando éste comprendió que ya nada podían lograr, no había vacilado en aclararle todo lo sucedido. Y ahora...

Bruscamente, tomó una decisión:

—-No será necesario que comuniquen con el gobierno terrestre. Yo

asumo toda la responsabilidad. Partiremos lo más pronto posible, dejando libre este planeta. Tan solo necesitamos el uranio suficiente para el viaje de regreso a la Tierra. Y yo garantizo que hada sucederá que pueda coartar los proyectos wurzis.

El otro levantó la cabeza, sorprendido, como si no acabara de creer las palabras oídas. Después de permanecer un momento inmóvil, murmuró:

—Gracias. Creo que me equivoqué al consideraros tan poco civilizados.

Nuevamente bajó la cabeza, contemplando un punto indeterminado frente a él.

Y a Travers le pareció que lloraba.

EPILOGO

La mayor sorpresa que recibieron los colonos de Tierra XIII desde su arri-

bada al planeta fue la de ver llegar a la ciudad, después de casi un día de inexplicable ausencia, a Travers y Silvia Castro, sonrientes. ¡Y a su lado, acompañándoles, un «monstruo-rana»!

Los primeros que los descubrieron fueron Timbler, Dragood, Hordnauser, Lombard y Giacomo Pacelli, que se preparaban para investigar lo que ellos todavía llamaban el misterio de la montaña. Pasados los primeros momentos de efusiones y naturales preguntas, Travers los reunió a todos en su despacho, donde sostuvieron una breve conferencia. Y después, con la totalidad, de los colonos, se reunieron en la gran sala de conferencias del edificio de control, allí donde se reunieron ya la noche en que desapareció Bradley a manos de un «monstruo-rana».

Travers, con palabras claras y precisas, relató todo lo que antes le había contado el jefe wurzi, ahora sentado a su lado. Una vez terminó, expuso el problema, y pidió la opinión de toda la colonia. ¿Debían o no abandonar el planeta?

La respuesta fue unánime.

Poco después, las mismas cinco mil personas que el día anterior temblaban en sus apartamentos temiendo la inesperada aparición del «monstruo-rana», lo vitoreaban por las calles, aclamándolo. De todo lo escuchado en el salón de conferencias, una cosa había penetrado profundamente en sus cerebros. Gracias a ellos, a su bondad, todavía seguían viviendo. ¿Qué les hubiera costado a los wurzis provocar la reacción en cadena de todo el uranio de que disponían, sin preocuparse para nada de ellos?

Un día después, exactamente a las doce horas diez y seis minutos, hora del trece planeta, la gran nave que les había trasladado hacia allí abandonaba su órbita alrededor del planeta, lanzándose de nuevo hacia el espacio, de regreso a la Tierra.

En la sala de mandos, la pantalla de televisión mostraba nítidamente cómo la imagen del trece planeta se iba alejando lentamente. Frente a ella, Travers, Timbler, Dragood, Lombard, Hordmauser, Mathews y los hermanos Pacelii la contempla-ban fijamente, como si esperaran atentamente algo que se había de producir.

Pasaron varios minutos sin que nada turbara la quietud en la cabina. Y de repente, como una señal de despedida de los wurzis que quedaban en el planeta, una parte de la nubosidad que lo cubría trocó su color blanco por un tinte verdoso que lentamente se fue extendiendo por toda la superficie visible.

;La reacción en cadena había principiado!

Timbler, con los ojos fijos en la pantalla, murmuró: —Parece imposible. Hace apenas unas horas nos encontrábamos todavía allí, en Cosmópolis I, y ahora...

—Ahora de regreso a la Tierra—terminó la frase Dragood—. A ver de nuevo sus ciudades subterráneas, sus inmensos campos de trigo... Quizá digan que soy un sentimental, pero creo que mi verdadero porvenir es la colonización de nuevos mundos. Ver el espacio abierto ante mí, oler de nuevo perfumes de verdaderas flores... ¿No le parece, Travers?

El aludido asintió con la cabeza, silencioso.

En aquellos momentos su pensamiento estaba muy lejos de las digresiones filosóficas de Dragood. Pensaba en el informe que debería

rendir al Departamento de Colonización, una vez llegados a la Tierra, en cómo se tomaría Huston la noticia... El enigma que envolvía al trece planeta había sido resuelto, era cierto, pero... De repente, la puerta de la cabina se abrió con violencia. Todos los que allí se encontraban dieron media vuelta, mirando en dirección a ella y... —¡Oh, no!—exclamó Travers.

Antes de marchar del trece planeta, el jefe de los wurzh les había pedido llevaran consigo los pocos ejemplares de la ya casi extinta raza de los «canguros , que perecerían al ser provocada la reacción en cadena de la atmósfera del planeta. Travers había accedido a ello, pensando que serían buenos ejemplares en los pocos zoológicos que todavía se conservan en la Tierra, y había ordenado colocarlos a todos (no muchos más de un centenar), en las jaulas almacenes de animales domésticos.

¡Y ahora, por la puerta de la cabina, acababa de aparecer Silvia, llevando tras de sí, casi pisándola los talones, uno de aquellos animales!

—¿Lo reconoces, Greg?—exclamó, apenas entrar—. Es el que nos encontramos en nuestro primer paseo por el bosque. Apenas penetré en el almacén, para visitar a Galo, me vio y se abalanzó hacia mí lanzando uno de sus grititos. ¡Me reconoció! ¿Verdad que es simpático? ¡Me gustaría como mascota!

Travers estuvo a punto de estallar. ¡Como mascota! Nuevamente, Silvia había cometido dos faltas. Había dado libertad a uno de los animales encerrados en la cámara-almacén, y había penetrado en lugares prohibidos a los colonos. Abrió la boca para amonestarla, y...

La volvió a cerrar. Pensó que por aquellas dos faltas la conoció, y que debía haber sufrido mucho en el interior de la esfera de plomo, mientras é!... Recordó cómo se había arrojado a sus brazos, al reunirse de nuevo y... ¡ Diablos, si al fin y al cabo ella iba a ser su mujer.

—Bien—contestó—. Tendremos que acostumbrarnos a ver a este animalito suelto por la nave... en tanto llegamos a la órbita lunar.

El «canguro» pareció comprender lo dicho por Travers, pues bajó su cabeza hasta situarla a la altura de la cara de éste, y le lanzó un agradecido «¿Uk?» Después, y volviendo a su posición primitiva, lanzó al aire varios y alegres «¡Uks!» De tal como, que Travers no pudo por menos que lanzar una carcajada, siendo pronto imitado por los demás.

Tras ellos, quedaba un planeta donde reviviría y se reproduciría una nueva humanidad de wurzis. Sería un planeta prohibido para el hombre, por causa de su radiactividad, pero esto no importaba. ¡Tantos planetas eran inhabitables para él! Lo importante, lo fundamental era que el misterio que lo envolviera hasta entonces ya

no existía. El trece planeta, o Tierra XIII, como quiera llamarse, era ya un planeta normal, como tantos otros entre los millones que pueblan la constelación del Centauro.

El planeta maldito, como tal, había dejado de existir.

FIN

VEINTICUATRO HORAS DE ANGUSTIOSA ESPERA...

UN DIA COMPLETO AGUARDANDO EL MOMENTO DE MORIR...

¡LA TIERRA CONDENADA A SER DESTRUIDA EN BREVE PLAZO!

Un alucinante relato salido de la pluma experimentada de un escritor que les llevará a vivir realmente los últimos instantes de nuestro planeta.

ASESINO INTERPLANETARIO

Es un relato duro pero que se apoderará de su interés desde el primer instante.

HENRY KEYSTONE

ha escrito para usted el último minuto, segundo a segundo, de una ciudad que espera su completa destrucción. Si es amigo de las emociones fuertes, no deje de leer

ASESINO INTERPLANETARIO

que, en su afán de servir al público, próximamente publicará la acreditada Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. **Precio: 6 pesetas.**